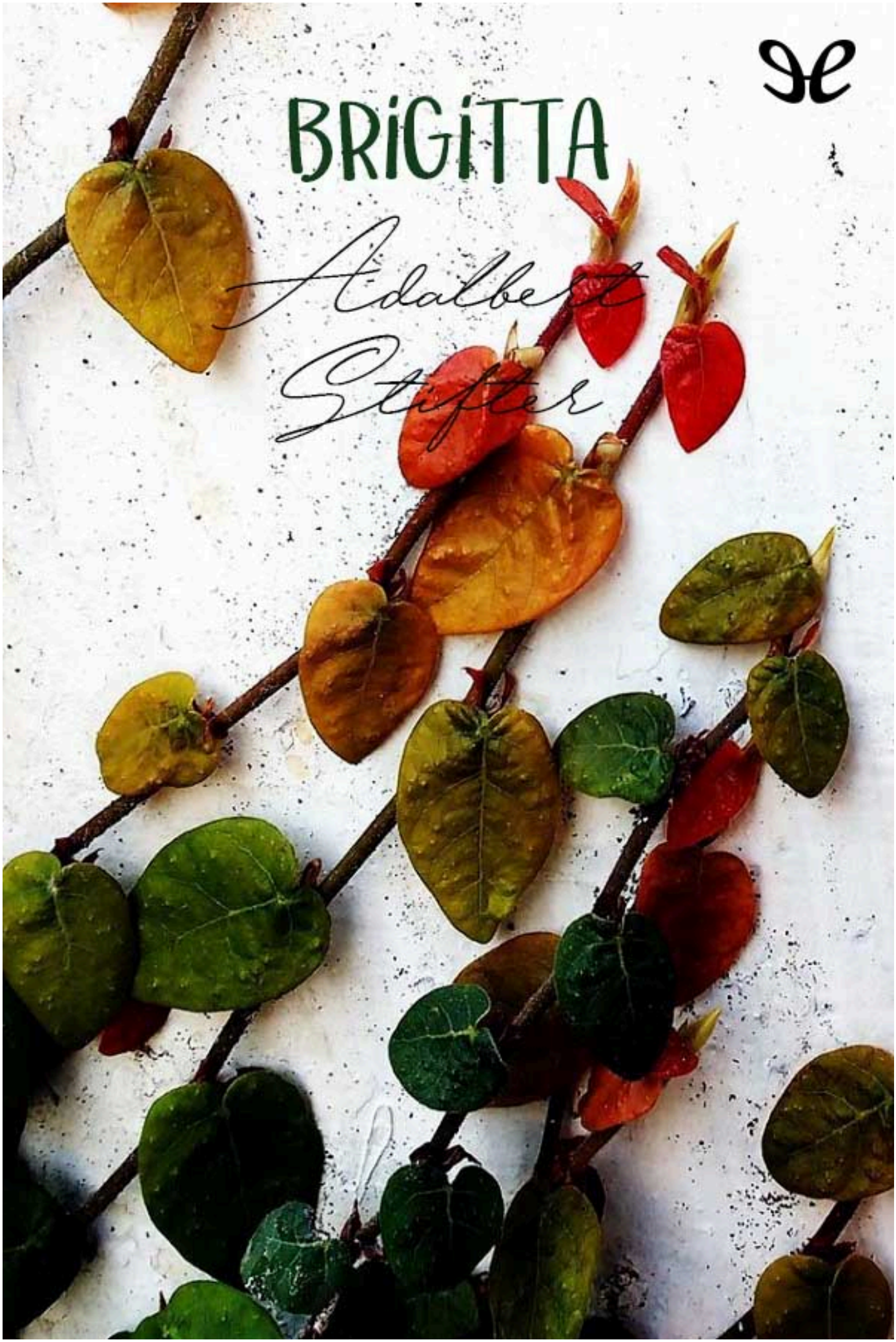
BRIGITTA

Adalbert Stifter



Adalbert Stifter constituye un fenómeno singular: considerado un clásico en todos los cánones y libros de texto escolares, apenas es leído; si algunos lo veneran y otros lo rechazan, la mayoría lo hace por razones equivocadas. No debe sorprender que, por debajo de la asténica recepción oficial, fluya una comprensión más subterránea de herederos vigorosos; sus admiradores son casi la lista de los grandes nombres de la literatura en alemán: Nietzsche, Hofmannsthal, Kafka, Rilke, Hesse, Walter Benjamin o Thomas Mann, que hallaba en Stifter a «uno de los narradores más singulares, enigmáticos, secretamente audaces y extrañamente cautivadores de la literatura mundial». Brigitta (publicado originalmente en 1844) está considerado «uno de los relatos más bellos en lengua alemana» y es también uno de los más ricos y alusivo.

Adalbert Stifter

Brigitta

ePub r1.1
Titivillus 15.01.17

Título original: *Brigitta*
Adalbert Stifter, 1847
Traducción: Ibon Zubiaur

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

ADALBERT STIFTER: EL VOLCÁN APACIBLE

Brigitta es presentado, en la edición de la que traduzco, como «uno de los relatos más bellos en lengua alemana». Urban Roedl, el biógrafo más acreditado de su autor, se refiere a él como «el mayor artista en prosa alemana de su tiempo — y no sólo del suyo». Adalbert Stifter
(1805-1868)
constituye un fenómeno singular: considerado un clásico en todos los cánones y libros de texto escolares, apenas es leído; si algunos lo veneran y otros lo rechazan, la mayoría lo hace por razones equivocadas. Su estilo es elevado a ejemplo de equilibrio, pero contiene extravagancias y hasta incorrecciones que delatan un trasfondo menos inocente; sus narraciones son calificadas de idilios campestres, pero en muy pocas falta la amenaza de una sombra incontrolable. Si se las reconoce como fábulas morales, es para hallar en ellas un bucólico homenaje a la armonía natural y a la piedad cristiana; un lector tan sagaz como W.
G. Sebald
sostiene que «muy al contrario, su verdadera esencia es un profundo agnosticismo y un pesimismo extendido hasta lo cósmico». No debe sorprender que, por debajo de la asténica recepción oficial de Stifter, fluya una comprensión más subterránea de herederos vigorosos; sus admiradores son casi la lista de los grandes nombres de la literatura en alemán: Nietzsche, Hofmannsthal, Kafka, Rilke, Hesse. Ninguno dejaba de elogiar su prosa; muchos atisbaron también las turbulencias que encerraba. Así Walter Benjamin, quien declaraba haber leído mucho a «Stifter, un escritor tras cuya fachada poco llamativa y aparente inocuidad se esconden un gran problema moral y un gran problema estético»; o Thomas Mann, cuya propia apuesta por lo velado le hacía particularmente sensible a las grietas entre líneas y que hallaba en Stifter a «uno de los narradores más singulares, enigmáticos, secretamente audaces y extrañamente cautivadores de la literatura mundial». Pero la reivindicación más radical y escatológica la aporta, cómo no, el cruzado solitario y azote inclemente de la tontería, el gran Karl Kraus: «Si eso que hoy se atreve a escribir en lengua alemana, sin percibir ya un resto de su aliento, de algún modo, sacudido por un impulso más metafísico que la Guerra Mundial, fuese capaz de producir aún un gramo de dignidad humana y sentido del honor, entonces todo ese ejército de periodistas, jornaleros de la novela, bucaneros de la opinión y la palabra debería acudir ante la tumba de Adalbert Stifter, pedir perdón por su mera existencia a la muda memoria de este santo, y emprender seguidamente un suicidio físico solidario en la pila encendida de sus sucios papeles y plumas».

¿Qué es lo que hace tan especial a este prosista estrictamente provinciano, que forjó su obra a contracorriente de las tendencias más vivas e innovadoras de su tiempo? La filípica de Kraus apunta, por contraste implícito, a aquella cualidad de Stifter que iba a terminar imponiéndose tras las oleadas de las modas: su rechazo del tiempo presente, de la dimensión social y el escenario urbano, de las tramas folletinescas y el efectismo sentimental, y de cualquier forma de virulencia o torrencialidad verbal. Resumida de ese modo, la estética de Stifter estaría en las antípodas de la de un Dickens, por apelar a un contemporáneo grande, pero también de casi todas las pujantes formas del realismo; su aspiración declarada (y su obsesión creciente) fue desplegar la belleza de lo sencillo, de lo atemporal, la perdurable hondura del paisaje natural y de lo humano. Se ha señalado con frecuencia cómo Stifter carecía de talento inventivo para las tramas: lo cierto es que la acción apenas le interesaba como elemento narrativo, y esto ha contribuido mucho a su leyenda de autor aburrido, en cuya obra apenas pasa nada. Stifter, de hecho, se tuvo durante mucho tiempo por pintor y dibujante antes que por escritor; su disposición era sin duda eminentemente visual, pero no estática. La aparente quietud de sus relatos y novelas encierra casi siempre una tensión descomunal, igual que las naves espaciosas y claras de una catedral gótica se sostienen en una compleja trama de pilares y arbotantes: sólo la pertinaz ceguera de una crítica empeñada en la lectura más conservadora (y la insistencia del autor en su apuesta por la mesura) ha podido hacer soslayar esa tensión.

Hay que decir que la obsesión de Stifter por el equilibrio no sólo era sincera, sino poco menos que una necesidad vital: bastante desasosiego había ya en su interior. La paradoja trágica e irónica es que la misma persona del autor ha terminado siendo juzgada no ya en función de su obra, sino de sus intenciones declaradas, y que su obra llena de campos minados y volcanes ha terminado siendo leída, en una muestra de penosa circularidad, desde el carácter presuntamente apacible de su autor. El esfuerzo de éste por domeñar sus ansiedades y pasiones para destilar una prosa serena y hasta edificante no sólo es así ignorado, sino que la energía que alienta sus trabajadas construcciones es desactivada para rebajarlas a estampas nostálgicas de un tiempo edénico y preindustrial. Como suele ocurrir con tantos *outsiders* de la literatura, en esta banalización de Stifter han acabado confluyendo críticos y admiradores: ambos proyectan sobre su obra esquemas morales y políticos cuyo simplismo es recusado por ésta. Pero a la sutileza siempre le costó hallar suelo fértil, y Adalbert Stifter ha sido exaltado y olvidado como el maestro de una prosa sosegada y cantor de una Arcadia cristiana previa a la Caída. Veremos qué poco hay de exacto en esta imagen.

Adalbert Stifter nació en 1805 en un pueblo del sur de Bohemia, donde su padre, heredero de una saga de tejedores y comerciante en lino, seguía cultivando sus tierras. Se ha escrito mucho sobre la influencia de este entorno de campos y bosques, inmune a las transformaciones del siglo del progreso, en la persona y la obra de Stifter: él mismo dedicó páginas idealizantes a su tierra natal, y resulta fácil reconocerla en buena parte de sus narraciones, pero el hecho es que no regresó allí casi nunca, incluso cuando en las últimas décadas de su vida residió muy cerca, en Linz. La huella que pudo dejarle debió ser en todo caso ambivalente: durante toda su vida, aunque ostentó importantes cargos públicos, tuvo grandes amigos aristócratas, y cultivó el papel de amante de las artes, Stifter no dejó de sentirse nunca un pueblerino, y los años de penurias económicas y sentimiento de inferioridad que hubo de soportar antes de ser reconocido socialmente le marcaron en forma muy notoria. Su desarrollo intelectual fue posible, en todo caso, gracias a su abuelo materno, quien tras la temprana muerte de su padre insistió en que el talentoso Adalbert estudiara, y a la inusual apertura de miras del profesor encargado de las admisiones en el prestigioso internado benedictino de Kremsmünster, quien aceptó al joven aldeano, a pesar de sus nulos conocimientos de latín, tras haberlo examinado sobre los detalles de la vida de su pueblo. Stifter no le defraudó: en los años que pasó en el internado fue siempre el primero de la clase y se imbuyó de su mentalidad de piedad ilustrada, además de hallar una camaradería afectiva e intelectual que más tarde echaría repetidamente en falta.

En 1826, tras graduarse con brillantez en Kremsmünster, el joven Stifter decide estudiar Derecho en Viena (la opción, convencional entonces como ahora, resulta sólo significativa por la alternativa que descarta, que era la carrera eclesiástica). En la capital del imperio, que empieza ya a mostrar los síntomas de estancamiento cultural y atrofia sociopolítica que iban a obsesionar a casi toda la literatura austríaca (pero no al propio Stifter), comparte un modesto piso con dos compañeros de estudios y puede desplegar su creciente interés por las artes. Suele calificarse su conducta en estos años formativos de inmadura: es una forma de entender la incapacidad crónica de Stifter para amoldarse a la vida burguesa, que sólo logró disimular mejor a edad más avanzada. Su curiosidad intelectual revela la dispersión y las lagunas del que ha accedido tarde a la cultura; su informalidad en los estudios es la de un inadaptado no menos social que psicológico. No hay que olvidar que, desde esta primera época hasta que recibe, a los cuarenta y cinco años, su primer cargo público, Stifter vive básicamente de dar clases particulares, con lo que esto conlleva de perpetuación de un rol de inferioridad. El brillante estudiante de Kremsmünster va sacando así algunas asignaturas, pero abandona muchas otras; incluso cuando, más adelante, la presión de sus amigos y allegados le lleve a optar a plazas de enseñante, oportunas enfermedades le impedirán presentarse al examen final. Como a tantos artistas en ciernes, la vida bohemia lo oprimía: pero también la alternativa.

En lo afectivo, el joven Stifter no halla mejor suerte. Acomplejado por su origen de huérfano pueblerino y pobre, dotado de un físico poco agraciado, los testimonios de la época tienden a describirlo como a un payaso ingenioso (no demasiado acorde con el sacerdote laico en que más tarde habrán de convertirlo sus panegiristas). En sus visitas vacacionales a Friedberg (cerca de su pueblo) se enamora de la bella y solicitada Fanny Greipl, pero los padres de ésta no muestran entusiasmo alguno por las credenciales del eterno estudiante sin fortuna, y las exaltadas cartas y notoria falta de determinación de Stifter tampoco terminan de convencer a la muchacha. En Viena, entretanto, mantiene una relación algo menos poética con Amalie Mohaupt, una modistilla atractiva y con ideas claras. No es difícil adivinar con cuál iba a casarse, ni de quién partió en realidad la iniciativa: esta caída del sueño romántico iba a marcar definitivamente a Stifter. Fue infeliz con su mujer, que desde luego no tenía la menor inquietud artística ni mostraba aprecio por las «cosas raras» que escribía su marido, pero desplegaba en cambio un gran sentido práctico que permitió a la pareja sobrevivir a duros años de deudas y cambios de domicilio; cuando al fin disfrutaron de

ingresos regulares, Amalie gestionó un estilo de vida acomodado y atendió con encomiable lealtad a las necesidades de su esposo. Stifter le guardó una gratitud rendida por el orden doméstico que impuso en su existencia; cabe también adivinar que siempre se sintió culpable por no amarla. Pero, fiel a sus estrictos ideales éticos, nunca dejó de intentar convencerse de que lo hacía y le escribió cartas entregadas, sobre todo tras la muerte de Fanny (quien, desposada con un candidato más acorde a las pretensiones de sus padres, falleció en su primer parto). Una de las primeras proclama: «Te doy gracias mil veces por tu buen y amable corazón, y tu carta me alegra tan extraordinariamente que no puedo ni decírtelo, ay, qué insipidez es todo eso de estar enamorado frente al *verdadero amor conyugal*, sólo ahora entiendo la expresión de que hombre y mujer son una sola carne en todo su sentido». La respuesta de la pragmática Mali es algo más pedestre: «Tus dos cartas man alegrao pero tambien Entristezido, y es que te lias con un rollo tan confuso que no sabe una como aclararse. Usea si te escrivo que maze falta dinero y me lo enbies ya o Pronto, y tu aora dando tantas bueltas que mientras yo me desespero, en cada carta testas quejando que mechas demenos, pero en ninguna carta enbiada ay dinero queslo que me curaria todas las eridas».

No debería despacharse esta actitud de Mali como mera mezquindad: la vida de los Stifter estuvo sometida durante años a los acreedores y las estrecheces, hasta llegar a extremos que no se recogen en todas las biografías. Cuando la hermana de Amalie (que fue la única dote que aportara al matrimonio) falleció en un hospital de la caridad y las autoridades reclamaron que acudieran sus parientes, nadie se presentó; el moralismo de Stifter y la sombra en tantos de sus relatos de culpas innombradas debieron alimentarse de más de una anécdota como ésta. Aunque soñó hasta el final de sus días con ganar en la lotería (y malgastó mucho dinero, cuando pudo disponer de algún capital, en ruinosas especulaciones bursátiles), los ingresos regulares de Stifter los aportaron durante más de dos décadas las clases particulares que impartía; se ganó en este terreno una reputación notable (entre sus alumnos tuvo al hijo del mismo Metternich y a jóvenes de las mejores casas), pero también la amargura de no poder concentrarse en lo que le importaba de verdad, que eran las artes. Como pintor llegó a ser seleccionado para una exposición de la Academia; su estilo paisajístico se ha comparado con frecuencia con el de su prosa. Pero fue el éxito mayor de sus narraciones el que le hizo decantarse por la literatura. Su primer relato publicado, *El cóndor* (1840), recibió una acogida muy favorable y le abrió las puertas a una colaboración vitalicia con el editor Gustav Heckenast de Pest; en los años siguientes seguirían nuevas narraciones, básicamente las recogidas posteriormente en los volúmenes *Estudios* (entre ellas *Brigitta*, 1844) y *Piedras de colores*. Heckenast pagaba bien y atendió siempre a las constantes peticiones de adelantos de su autor, pero cuando Stifter le solicitó una suma aún más considerable a cambio de cederle todos sus derechos sobre los *Estudios*, se los compró a un precio que equivalía al beneficio de una o dos ediciones. Fue un mal negocio, y además inoportuno: pocos meses después, y tras largas negociaciones, el gobierno real e imperial otorgó a Stifter el cargo de consejero escolar e inspector educativo de la Alta Austria.

Se ha escrito mucho sobre la vocación pedagógica de Stifter y sobre el peso que ésta tuvo en su visión de la literatura. Efectivamente, parece haber visto en su cargo no sólo una solución a sus problemas financieros, sino la oportunidad de poner en práctica su ideal de progreso social mediante la educación. Su programa de reformismo ilustrado e integridad moral puede compararse al que caracterizaba en esos años a los krausistas en otro país católico atrasado, sólo que Stifter carecía del vitalismo emprendedor de un Giner de los Ríos. Pronto iba a comprobar que las tareas burocráticas que le imponía el cargo eran tan enajenantes como estériles, y que sus propuestas más ambiciosas rara vez llegaban a plasmarse; aunque su carrera oficial le dio alguna satisfacción, predominaron con mucho los sinsabores. El traslado de Viena a Linz, tediosa capital de provincia que no parece haber hecho nunca muy felices a sus habitantes (recordemos que sería la cuna de otro pintor frustrado, Adolf Hitler), lo alejó de sus mejores amigos y la vida cultural de la metrópoli; por si fuera poco, la necesidad de llevar un estilo de vida acorde con los nuevos honores, rápidamente asimilada por su esposa, lo abocó a gastos aún mayores y a contraer nuevas deudas (vendería también a Heckenast sus derechos sobre *Piedras de colores*). Privado de la relación didáctica de las clases particulares y sin descendencia en su matrimonio, el afán educativo de Stifter sufrió el golpe más duro en 1859, cuando su sobrina Juliane Mohaupt, que había adoptado mitad como hija y mitad como sirvienta, se suicidó lanzándose al Danubio, al parecer debido a los malos tratos de Amalie. Todo este trasfondo de frustración profesional y tragedias familiares ha de tenerse muy en cuenta a la hora de entender el credo estético-moral de Stifter, para quien sus obras debían ser «revelaciones morales» y el escritor un «profesor, guía, amigo de sus conciudadanos, intérprete y sacerdote de lo más alto». Puesto que este sacerdocio ejemplar sólo puede ejercerlo un alma armoniosa y que «la intimidad entera del hombre es en último término la que estampa en su obra el sello y el espíritu, (…) la condición última y más profunda del escritor es que forme su carácter con la máxima pureza y perfección posibles». La escritura de Stifter

debe verse por lo tanto como un programa de perfeccionamiento en dos dimensiones: del lector, por su voluntad de ser edificante; pero también del autor, para que pueda serlo. Su moralismo no propugna la obediente sumisión a un código de reglas dadas, sino el esfuerzo por hallar un equilibrio en la propia vida; la armonía a la que aspira no es la negación de las pasiones, sino su discreto encauzamiento. Veremos que el empeño elíptico de Stifter en el estilo tiene un paralelo estricto en su epicureísmo utópico. Ya en el prólogo a las *Piedras de colores* había declarado lo más grande a «una vida entera llena de justicia, sencillez, dominio de sí mismo, racionalidad, influencia en su círculo, admiración de lo bello, ligado a una muerte plácida y serena». Su gran drama es que, a costa de una rigurosa ascesis estilística, acabó por suscitar esta impresión en su obra más madura sin haberlo conseguido nunca en vida.

Los años últimos de Adalbert Stifter parecen así el reverso de su ideal armónico. Cada vez más oprimido en su trabajo, infeliz en su matrimonio y empeñado sin embargo en convencer a todo el mundo y a sí mismo de que su Mali era la mejor de las mujeres, atormentado por ataques de pánico y todo tipo de enfermedades reales o imaginarias, su búsqueda de una belleza atemporal y calma en la escritura tiene cada vez más de misión y de escapismo. La incomprensión hacia su obra va extendiéndose: sus novelas tardías, *El veranillo de San Martín* y *Witiko*, son rechazadas por los escritores realistas jóvenes (Hebbel llegó a calificar a la primera de «registro» e «inventario»), aunque hallarán eco en autores pasionales como Storm o Nietzsche (el filólogo que supo captar la virulencia dionisíaca bajo la serenidad apolínea). Hay que decir que, en esto al menos, Stifter no dejó que flaqueara su autoestima: despreciaba las tendencias estéticas contemporáneas y asumía que su obra sólo habría de ser comprendida en otro siglo. Reservaba sus penas para la vida diaria y las cultivaba casi con celo: llevaba un diario hipocondríaco titulado *Mi estado*, y abrumaba a sus conocidos con descripciones pormenorizadas e inacabables de sus síntomas; conseguir que hablara de otra cosa (de literatura, por ejemplo) parece haber sido un mérito reservado a muy pocas personas. El gobierno le concedió el retiro en 1865, pero ni esta tranquilidad tardía ni las diversas estancias en sanatorios obraron mejoras duraderas en su estado de salud. Stifter sabía bien que el origen principal de sus males era psicosomático, por lo que no tomaba muy en serio a los médicos; su régimen de vida sedentario y sus tremebundos hábitos alimenticios tampoco ayudaban a aliviar su cirrosis. Sus más seráficos admiradores conceden que comía y bebía en exceso, pero hasta la etiqueta de bulimia palidece ante un registro pantagruélico como el que sigue: «Comí carne de vaca, cabrito asado, pollo frito, grévol, pichón, asado de ternera, jamón, hígado, asado de cerdo, sardinas, pollo con pimientos, corderito y perdiz asados, mucha carne de vaca (dura), sopa de fideos, algo de carne de vaca y carnero, luego arroz, sesos con remolachas agrias, ternera confitada, escalope con salsa de anchoas, merienda de té con grévol, merienda de té con pollo (abundante), merienda de té con jamón, merienda con mucho pollo, sopa juliana pastosa y con huevo, etc.»

Con semejante dieta, no debe extrañar que uno de los autores modernos que más ha elogiado la mesura terminara postrado en la cama y que su trastorno hepático se hiciera irreversible. Sufría grandes dolores y, desde el comienzo del año 1868, ya no podía hablar. La madrugada del 26 de enero, aprovechando una de las raras ausencias de la fiel Amalie, se cortó el cuello. Su esposa lo encontró casi desangrado y pudo alarmar a un médico; Stifter sobrevivió dos días sin recuperar ya la conciencia. Como suele ser habitual, el certificado de defunción atribuyó piadosamente la muerte a la enfermedad; menos disculpable es que, durante décadas, numerosos críticos se obstinaran en negar la evidencia del suicidio apelando a la «pureza de su alma». No es el único caso: reputados hispanistas han querido desmentir, por similares razones ideológicas, que la mujer y la hija de Cervantes regentaran un burdel, o que a Lorca le gustasen los hombres. Quizá tenga mayor altura cómica la pretensión de que a un hombre enfermo y profundamente deprimido se le ocurriera en medio de la noche que tenía que afeitarse, se produjera por descuido una herida de varios centímetros en el cuello, y se dejara desangrar sin intentar buscar ayuda: pero a la crítica literaria nunca le ha faltado imaginación, sobre todo a la hora de silenciar aspectos inquietantes de un autor.

Stifter no se equivocó al confiar en el siglo futuro: su obra fue reivindicada sobre todo tras la Primera Guerra Mundial. Pero, al buscar un contrapeso a los espantos de la época, sus nuevos lectores sucumbían justamente a la ilusión que genera el proyecto de Stifter: veían en su obra y en su estilo un remanso bonancible. Esta lectura superficial se niega a reconocer el andamiaje de tensiones que sostiene el precario equilibrio; elude así también la comprensión de los rigores del proceso creativo. «Cuánto tuvo que sufrir este pueblo para llegar a ser tan bello», diría Nietzsche de los griegos. Quizá el trágico final de Stifter deba leerse como el estallido con que fantaseó durante décadas de aspiración a la armonía. En 1832, sufriendo por la imagen frívola que transmitía y la incapacidad de aparecer creíble ante su Fanny, le escribía a un amigo: «Cuándo ha de arder este volcán, veo aquí alrededor suaves colinas frutales, sobre las que se

extiende el cielo azul y la luz del sol, y debajo estoy yo, un cráter fulgurante, sobre el que puede que crezcan dulces viñas, pero temblando bajo la amenaza de la destrucción quizá mañana mismo». Pocas metáforas de este gran paisajista alcanzarán la fuerza y la autenticidad de tan temprana confesión. Es nuestra responsabilidad como lectores atender a esa dimensión profunda de Adalbert Stifter, el volcán apacible.

Brigitta, uno de los primeros relatos de Stifter, apareció por vez primera en 1844 y fue concienzudamente revisado para su inclusión en los *Estudios* en 1847. El dato es importante, porque implica que las llamativas peculiaridades estilísticas del texto no se deben a descuido o ignorancia, sino que suponen una opción consciente del autor (y un reto para el traductor). *Brigitta* pasa también por ser un relato inusualmente apasionado dentro de su obra, aunque quienes repiten esto suelen limitarse a constatar que narra una historia de amor y determinación: pero la pasión que rezuma no ha de buscarse en las declaraciones de sus protagonistas (de una parquedad casi inhumana, pero reveladoras en su misma contención), sino en su estilo expresionista y en su fervoroso aliento ético. La estructura del relato es altamente original, acorde con su tema y con la fascinación que sentía Stifter por lo invisible y lo lentamente desvelado: el personaje que le da su título sólo aparece directamente en el último de sus cuatro capítulos, que concentra toda la acción dramática y desvela el misterio generado en torno a la protagonista en el tercer capítulo, que rememora desde los conocimientos adquiridos su vida anterior. El primer capítulo lo ocupa el viaje a pie del innominado narrador por las estepas húngaras hasta el castillo de su viejo amigo el comandante, y el segundo se demora en el examen de la explotación que éste realiza de sus posesiones; el conjunto tiene algo de *Bildungsroman*, de intriga amorosa, y de geórgica moral. Resumida así, la historia puede no sonar muy atractiva, y sin embargo está narrada en una prosa tan candente, tan arrebatadamente simbólica, y tan plagada de alusiones, que ostenta a gritos más niveles significativos. Lo cierto es que está hablando siempre de lo mismo: de la dimensión moral de la belleza. Como afirma la curiosa introducción al tercer capítulo, «Corresponde al género humano esa cosa admirable que es la belleza. A todos nos atrae la dulzura del fenómeno, y no siempre podemos decir dónde reside el encanto». En lo temático y lo estilístico, *Brigitta* nos invita a vislumbrar la belleza oculta, sin dejar de deslumbrarnos con la manifiesta.

El comienzo del relato constituye otra introducción meditativa: «A menudo hay cosas y relaciones en la vida del hombre que no nos quedan claras de inmediato, y cuyas razones no somos capaces de extraer con prontitud. En ese caso influyen por lo general con un cierto aliciente bello y suave de lo misterioso en nuestra alma». Hay que leer la historia hasta el final para entender a qué se deben estas conclusiones, y aún así no pasarían de banales si atendemos sólo al nivel de la trama. *Brigitta* exige ser leída (y releída) bajo la premisa declarada de que su encanto «no nos queda claro de inmediato». Si analizamos el comienzo a nivel léxico, hallamos que contiene ya todos los elementos que van a darse con frecuencia apabullante a lo largo del relato y fungen en cada caso como *leitmotiv*. Que el primer sintagma en mi versión resulte ser de hecho «a menudo» no llamaría demasiado la atención si no fuera porque se repite cinco veces en el párrafo, lo que no puede ser casual ni negligente. Hablaré en seguida del papel ambiguo de las determinaciones temporales en *Brigitta*, pero antes debo referirme a estas palabras clave que definen la tonalidad del texto. Puesto que el tema declarado del relato es la belleza, no puede sorprendernos que «bello», «belleza» y similares aparezcan tantas veces (y aún hay que sumar «hermoso» y derivados). Hay otras repeticiones significativas, como las de «meta», «firme», o «suave» (la favorita de la crítica tradicional). Llamativo y hasta desconcertante es que un autor que no vacila en emplear vocabulario específico de una explotación agrícola, en acuñar más de un neologismo, o en generar usos idiosincrásicos de numerosos verbos, recurra nada menos que en treinta y seis ocasiones a la vulgar palabra «cosa», con el agravante de que en la mayoría de ellas parece estar designando algo esencial y abstracto (como en «Corresponde al género humano esa cosa admirable que es la belleza»): este rasgo tan peculiar del estilo de Stifter obliga a replantearse la tensión, en su filosofía estético-moral, entre lo concreto y lo inefable, entre lo emocional y lo tangible. Pero la palma se la lleva un motivo simbólico que tan sólo es tácito en la introducción: los ojos. Toda la obra de Stifter es primariamente visual, morosamente descriptiva y contemplativa (aunque animada de un lirismo buido y restallante): aun así, abruma hallar tal número de escenas que transcurren «ante mis ojos», y la belleza de los personajes se concentra metonímica e invariablemente en sus ojos. Los ojos se nombran cuarenta y siete veces en todo el relato y tienen el honor de cerrarlo; serían todavía más si computásemos «*Augenblick*» («instante» o «momento», pero literalmente «vistazo del ojo»). A Stifter le tenía que fascinar esta concepción visual del instante que permite la palabra alemana; al regodearse en ella llega a producir paronomasias dignas de Cabrera Infante («*als ginge ein sanfter Schatten über sein Auge, und als blicke es in diesem Augenblicke*…»). Pero no hay que engañarse: la tesis de *Brigitta* no es que lo visual haya de ser la gran puerta de acceso al mundo, sino que la belleza reside muchas veces fuera de su alcance. De ahí que deban leerse con enorme

prevención tanto la ambigüedad del final (donde «las amenas montañas de la patria» oscurecen ante los ojos del narrador que regresa) como su paralelo con el mucho más tremendo final del capítulo primero (donde el narrador, recién llegado a Uwar, cierra los ojos en la cama y así «todo estaba muerto, lo que en mi vida había sido ya, y lo que fervorosamente deseaba que pudiera darse en la misma»).

Este juego con las repeticiones y los *leitmotiv* genera un estilo narrativo muy musical: los centros semánticos destacan casi en cada párrafo como el par dominante-tónica en una modulación, y sin embargo prevalece una firme unidad de tono, pese a la estructura analéptica y al abundante uso del lenguaje indirecto (los diálogos, por contra, son parcos y sentenciosos, como si Stifter no se fiara de sus personajes). El ritmo fluye con engañosa soltura: el uso de las comas no estaba fijado como ahora a mediados del siglo XIX, pero cabe decir que Stifter abusa ostensiblemente de ellas; he mantenido este rasgo en lo posible, lo mismo que algún signo de puntuación heterodoxo (como ese «?!» en el capítulo final). En general, la acumulación de pinceladas tiene ese punto cubista y la audacia en las metáforas que caracterizará al expresionismo; confío en que el ejemplo siguiente justifique la categoría:

> *Al atardecer mi huésped me mostró el crepúsculo del brezal. Cabalgamos expresamente con ese propósito, después de que me hubiese aconsejado ponerme, igual que él, una piel contra el aire febril de la llanura, pese a que el aire aún caliente parecía hacerla prescindible. Esperamos, una vez que hubimos salido, en el punto indicado por él hasta que el sol se hubo puesto. Y en efecto, fue un espectáculo suntuoso el que siguió: sobre todo el plano negro del brezal estaba puesta la gigantesca campana del cielo amarillo ardiente, llameante, ondeando y dominando hasta tal punto los ojos que cada cosa de la tierra se vuelve extraña y negra. Una brizna de hierba del brezal se yergue como viga ante la lumbre, un animal que cruza casualmente esboza un monstruo negro sobre el fondo de oro, y pobres matas de enebros y endrinos pintan domos lejanos y palacios. Al este empieza luego, tras unos instantes, a ascender el azul húmedo y frío de la noche, y corta con un vaho turbio e impenetrable el verdadero brillo de la cúpula del cielo.*

Complejo y sutil es también el tratamiento del tiempo. En último término, *Brigitta* es una fábula sobre la belleza: narra el aprendizaje de las conclusiones apuntadas en la introducción, que sólo puede darse en la experiencia; desde la perspectiva del narrador, es por lo tanto una *Bildungsroman* («A estas observaciones he sido inducido a cuenta de un suceso que viví una vez en años juveniles, en la hacienda de un viejo comandante, cuando aún tenía yo una gran pasión viajera que me impulsaba aquí y allá en el mundo, porque esperaba aún vivir e investigar Dios sabe qué.») Las diferencias temporales que introducen los diversos *flashbacks* son muy grandes: la distancia entre el tiempo desde el que se narra (con el narrador en su edad madura) y los primeros acontecimientos que se rememoran (el nacimiento de Brigitta) es de varias décadas. Sin embargo, y gracias al empleo sistemático del informe indirecto, todo fluye con naturalidad psicológica en el punto de vista narrativo. Contribuye a ello un uso muy poco ortodoxo de los adverbios temporales (como cuando «hoy» y «mañana» aparecen en el pretérito: «declaré que hoy y mañana (…) deseaba compartir su tiempo»), así como la plurivocidad de conjunciones como «*da*» o «*als*» (que evocan relación causal o comparativa tanto como determinación temporal). Pero cuando Stifter introduce su peculiar empleo de la puntuación y sobre todo del guión largo (que puede indicar las elipsis más audaces o continuidades lógicas difíciles de esclarecer), se alcanzan pasajes tan definitivamente vanguardistas como esta primera evocación:

> *Al principio mi alma entera estaba impresionada por la grandeza de la imagen: cómo adulaba en torno a mí el aire infinito, cómo olía la estepa, y un brillo de la soledad tejía en todas partes por doquier: — pero como mañana eso era así otra vez, pasado mañana otra vez — siempre nada en absoluto más que el fino anillo en el que se besaban cielo y tierra, el espíritu se acostumbraba a ello, el ojo comenzaba a sucumbir y a hartarse tanto de la nada como si hubiese cargado sobre sí masas enteras de materia — retornaba a sí mismo, y como jugaban los rayos del sol, brillaban las hierbas, cruzaban diferentes pensamientos solitarios por el alma, viejos recuerdos llegaban pululando por el brezal, y entre ellos estaba también la imagen del hombre hacia el que me encontraba justamente en viaje — volvía gustosamente a ella, y en el desierto tuve tiempo suficiente para recabar en mi memoria todos los rasgos que había averiguado de él y darles frescor nuevo.*

Si el lector ha tenido la paciencia de atender a estas finuras estilísticas, no se sorprenderá al hallar aún más trasfondos en el plano semántico y simbólico. Abundan los pasajes que parecen una burla de la lógica convencional y de las frases hechas, y que invitan a auscultar más allá de la apariencia: «Tras haber estado en el mundo entero, fue a su posesión de Uwar, donde nunca había estado»; «Su padre vivía en la capital,

como era su costumbre». Stifter no duda en forzar el lenguaje cada vez que deben resonar sus motivos centrales, como cuando el narrador, antes de ir a acostarse en su primera noche en Uwar, quiere asomarse a la ventana «a mirar qué aspecto tenía fuera», o se dice a sí mismo, en una frase chirriante, «Así que estoy ansioso, qué de amable o feo he de vivir en esta casa». El potencial alusivo parece tener prioridad sobre la corrección gramatical, y de hecho casi no hay un diálogo en toda la obra que suene realmente natural: todos los decisivos, en el capítulo cuarto, son elípticos y lapidarios, y suelen remitir a la historia previa y a motivos conocidos. Si se pasan por alto tales nexos, la radicalidad del texto es soslayada; así, cuando Brigitta dice en la escena final que «era simplemente natural, es una suave ley de la belleza la que nos arrastra», la interpretación convencional que apela a la «suave ley de la naturaleza» en Stifter como un principio de armonía cósmica queda bastante desairada: en el marco de la historia, la declaración está justificando el desliz adúltero de su marido. La moral sexual del relato, que tanto obsesionaba a Stifter, es de hecho turbadoramente ambigua: aunque todos los personajes son tratados con ternura comprensiva, lo que el costoso aprendizaje viene a suavizar es el extremo rigorismo de Brigitta, que debido a la falta de cariño con que creció se comporta como un personaje de Kleist («Yo no puedo exigir sino el amor supremo»). Sólo bajo el rebajamiento de sus exigencias ha de entenderse el canto al amor conyugal que encierra este relato, que sucede estrictamente a un alegato en favor del perdón: «Oh qué sagrado, qué sagrado ha de ser el amor entre esposos, y qué pobre eres tú, que hasta ahora no reconocías nada de él, y como mucho te dejabas conmover el corazón por las turbias llamas de la pasión.» El doble guión que corona este himno vibra con la historia personal de Stifter, y no es difícil proyectar en el relato todo el *wishful thinking* a que se aplicó en su matrimonio y su afán de hacerse perdonar por Amalie el haber amado a otra (o por Fanny el haberse casado con Amalie). Por lo demás, es ciertamente llamativo que en este relato sólo se hable de la belleza de los varones, y con una exaltación y una naturalidad que ya no eran corrientes en la literatura en alemán (el homoerotismo velado del culto a la amistad, que había alcanzado un punto álgido en torno a 1800, venía siendo desterrado desde el cruel ataque de Heine a Platen en 1829). No era ni mucho menos habitual leer que la apostura del comandante «trastornó más de una vez también a hombres», ni que la excepcional belleza del joven Gustav (hacia el que «mi ser entero se inclinaba») recuerde vivamente al narrador al amigo que perdió en la juventud. Puede ser que yo tenga una sensibilidad mayor a este respecto, pero he consultado a distintas personas y nadie halla del todo normal que tras la escena en que Gustav ha sido herido por los lobos (y aunque se dice por tres veces que la herida carece de importancia) aparezca la madre del muchacho y no descanse «hasta que no hubo inspeccionado ella misma el cuerpo de su hijo miembro a miembro». Hay más cargas eróticas subliminales en *Brigitta* (como notablemente en las muy poco inocentes *Piedras de colores*), pero no aspiro a darles más importancia de la que tienen: cabe subsumirlas bajo esa «suave ley de la belleza» o bajo la armonía no excluyente, sino integradora del amor. Pero antes de concluir, tengo que demorarme en la gran escena dramática del relato y su tratamiento de la sombra, que no falta nunca en los relatos tempranos de Stifter.

Que la amenaza de lo oscuro, y con frecuencia de la muerte, acecha siempre bajo el escenario de sus narraciones es algo que ya no niega nadie (en *Viena y los vieneses*, por ejemplo, sus apuntes sobre la ciudad comienzan con una visita a las criptas llenas de osamentas bajo las calles centrales). Pero el simbolismo de la muerte rara vez alcanza la intensidad desatada que muestra en *Brigitta*. Inesperada e inquietante resulta su mención citada al final del primer capítulo, cuando al acostarse el narrador «todo estaba muerto, lo que en mi vida había sido ya, y lo que fervorosamente deseaba que pudiera darse en la misma»; si recordamos que el capítulo relata un viaje cuya «meta» es evocada varias veces, la explicitud del símbolo es plena (el final del relato brinda un sutil paralelo, con el crepuscular regreso a la patria tras haber visto otra tumba). Pero antes de llegar a la posesión del comandante, el narrador ha debido afrontar una «meta» aún más pavorosa cuando, montado en el caballo que le ha cedido Brigitta, es guiado por el mozo Milosch hasta el patíbulo que constituye el último punto de orientación hacia el castillo de Uwar. En medio de la noche, abandonado por su acompañante que se retira con los caballos, nos regala esta descripción espectral y escatológica:

> *Miré hacia él. Se alzaban dos columnas, y sobre ellas había un travesaño. Así sobresalía a la luz amarilla de la luna. Arriba había algo, como una cabeza. En realidad podía ser cualquier elevación. Seguí adelante, igual que si la hierba del brezal susurrase tras de mí y algo se removiese al pie del patíbulo. De Milosch no podía percibirse ya la menor huella, como si nunca hubiese estado allí. Llegué en seguida al roble de la muerte. El arroyo irisaba y brillaba y se enroscaba entre juncos, como una serpiente muerta. Al lado estaba la negra estructura del árbol. Lo rodeé y al otro lado había un camino blanco recto, alumbrado por la luna. El camino estaba apisonado y tenía zanjas y una avenida de álamos jóvenes. Me sentó bien el escuchar sonar de nuevo mis pisadas, como ocurre allí*

en casa en los caminos de nuestro país.

Bastaría este tétrico pasaje para acreditar el protagonismo del patíbulo, pero aún reaparece, en riguroso paralelo estructural, como escenario de la crisis que desencadena la resolución de la historia. Si en el primer capítulo recibe al narrador en una noche de verano, en el capítulo final está envuelto en la niebla de una mañana invernal cuando el comandante y el narrador logran salvar a Gustav del inesperado ataque de un tropel de lobos. Como éstos siguen acechando y los jinetes no están pertrechados para la caza, se opta por emprender la huida hacia el castillo, seguidos en la niebla por el trote de las fieras. «Y mientras cabalgábamos así, lo vi más de una vez como una sombra galopante al lado, gris en la niebla gris». En todo el párrafo no se halla un sustantivo al que pueda corresponder ese pronombre «lo» (en el original también es neutro). Pero el empeño de Stifter por destilar en prosa clara todo su conocimiento trágico de la existencia quizá no alcanzó nunca una cota más alta que el oxímoron que sigue: «Con indecible paciencia corría la manada a nuestro lado». Esto, sencillamente, es gran literatura: resume en una paradoja la «suave ley» del tiempo y el anverso y el reverso de la vida. La actitud que rige en ese cenit dramático y simbólico es también la máxima que ha de guiar nuestra lectura: «Teníamos que estar continuamente alerta». Confío en que las breves pistas que he esbozado en este prólogo inviten al lector a estar alerta y vislumbrar, bajo la inocua apariencia de que hablaba Walter Benjamin, toda la volcánica riqueza de un relato que también yo cuento entre los más bellos en lengua alemana.

Cada lector no dejará de hallar asociaciones personales. *Brigitta* es la historia de una mujer emprendedora y de un hombre muy guapo. Nos habla del amor materno y del aprendizaje en la amistad. Por eso quiero dedicar esta edición a Pilar Mirantes y a Jacek Pawlowski. Y a Cedric Köhler, para completar la trinidad.

Ibon Zubiaur
(Tubinga, Alemania, diciembre de 2007)

BRIGITTA

1. VIAJE A PIE POR LA ESTEPA

A menudo hay cosas y relaciones en la vida del hombre que no nos quedan claras de inmediato, y cuyas razones no somos capaces de extraer con prontitud. En ese caso influyen por lo general con un cierto aliciente bello y suave de lo misterioso en nuestra alma. En la cara de un feo hay a menudo para nosotros una belleza interior que no somos capaces de derivar en el acto de su valor, mientras que a menudo nos resultan fríos y vacíos los rasgos de otro de los que todos dicen que poseen la mayor belleza. Del mismo modo nos sentimos a veces atraídos hacia uno que en realidad no conocemos en absoluto, nos gustan sus movimientos, nos gusta su manera, nos afligimos cuando nos ha abandonado y tenemos una cierta nostalgia y hasta un amor por él, cuando a menudo en años posteriores de él nos acordamos: mientras que no sabemos a qué atenernos con otro cuyo valor se nos presenta en muchos hechos, incluso cuando hemos tratado con él durante años. Que en último término hay razones morales que barrunta el corazón, es indudable, sólo que no siempre podemos destacarlas con la balanza de la consciencia y el cálculo y contemplarlas. La psicología ha iluminado y aclarado algo, mas mucho le ha quedado oscuro y a una gran distancia. Creemos por lo tanto que no es excesivo si decimos que hay para nosotros un abismo sereno e inconmensurable en que deambulan Dios y los espíritus. El alma lo sobrevuela a menudo en momentos de embeleso, el arte poética lo airea en ocasiones; pero la ciencia, con su escuadra y cartabón, queda frecuentemente sólo al margen, y puede que aun en muchos casos ni siquiera se haya puesto a ello.

A estas observaciones he sido inducido a cuenta de un suceso que viví una vez en años juveniles, en la hacienda de un viejo comandante, cuando aún tenía yo una gran pasión viajera que me impulsaba aquí y allá en el mundo, porque esperaba aún vivir e investigar Dios sabe qué.

Había conocido al comandante en un viaje, y ya entonces me invitó repetidamente a visitarlo alguna vez en su tierra. Sólo que lo tomé por una pura fórmula de cortesía, como las que acostumbran a intercambiar tantos viajeros, y probablemente no habría accedido al caso de no haber llegado en el segundo año de nuestra separación una carta suya, en la que se informaba con solicitud sobre mi estado y añadía al final una vez más el viejo ruego de que fuese algún día a su casa y pasase con él un verano, un año, o cinco o diez años, como me complaciese; pues finalmente se había propuesto permanecer apegado a un único punto minúsculo de este globo terráqueo y a no dejar llegar más a sus pies ninguna otra partícula de polvo que la de su tierra, en la que desde ahora había hallado una meta que anteriormente buscara en vano por el mundo entero.

Como justamente estábamos en primavera, como sentía curiosidad por conocer su meta, como justamente no sabía adónde había de viajar, resolví ceder a su ruego y acceder a su invitación.

Tenía su hacienda en la Hungría oriental — dos días anduve peleándome con planes sobre cómo había de hacer el viaje más adecuadamente, al tercer día estaba sentado en el coche de posta y rodaba hacia el este, mientras me ocupaba ya, dado que nunca había visto el país, con imágenes de bosques y brezales — y al octavo caminaba ya por una *pusta* tan espléndida y desierta como sólo Hungría puede presentar.

Al principio mi alma entera estaba impresionada por la grandeza de la imagen: cómo adulaba en torno a mí el aire infinito, cómo olía la estepa, y un brillo de la soledad tejía en todas partes por doquier: — pero como mañana eso era así otra vez, pasado mañana otra vez — siempre nada en absoluto más que el fino anillo en el que se besaban cielo y tierra, el espíritu se acostumbraba a ello, el ojo comenzaba a sucumbir y a hartarse tanto de la nada como si hubiese cargado sobre sí masas enteras de materia — retornaba a sí mismo, y como jugaban los rayos del sol, brillaban las hierbas, cruzaban diferentes pensamientos solitarios por el alma, viejos recuerdos llegaban pululando por el brezal, y entre ellos estaba también la imagen del hombre hacia el que me encontraba justamente en viaje — volvía gustosamente a ella, y en el desierto tuve tiempo suficiente para recabar en mi memoria todos los rasgos que había averiguado de él y darles frescor nuevo.

En la Baja Italia, casi en un desierto tan solemne como era aquél por el que caminaba hoy, lo había visto por primera vez. Entonces era celebrado en toda sociedad, y aunque tenía ya casi cincuenta años, meta de más de un par de bellos ojos; pues nunca se ha visto un hombre cuya complexión y rostro pudieran ser llamados más hermosos, ni uno que supiera llevar este exterior más noblemente. Querría decir que era una suave elevación la que fluía en torno a cada uno de sus movimientos, tan sencilla y triunfante, que trastornó más de una vez también a hombres. Mas en los corazones femeninos, según la leyenda, debía haber obrado antaño verdaderas pérdidas de juicio. La gente se ocupaba con historias de triunfos y conquistas que supuestamente había hecho, y que eran suficientemente fabulosas. Pero un defecto, se decía, pesaba sobre él que era el que de verdad le hacía peligroso; a saber, que a nadie, ni siquiera a la mayor belleza que haya sobre esta tierra, le había sido posible encadenarlo por más tiempo del que a él se le antojase. Con todo el encanto que le ganaba cada corazón, y que llenaba a la elegida de delicia triunfadora, se comportaba hasta el final, se despedía entonces, hacía un viaje, y no volvía. — Mas este defecto, en lugar de desalentarlas, ganaba aún más a las mujeres para él, y más de una pronta meridional podía arder por arrojar su corazón y su fortuna, en cuanto fuera posible, sobre su pecho. También estimulaba mucho que no se supiese de dónde era, ni qué puesto ocupaba entre los hombres. Aunque decían que las Gracias jugaban en su boca, añadían con todo que en su frente moraba un tipo de tristeza que era indicador de algún pasado significativo — pero esto era al final lo más seductor, que nadie sabía este pasado. Que había estado envuelto en asuntos de estado, que se había desposado infelizmente, que había matado a su hermano de un balazo — y que más cosas de éstas había. Lo que sabían todos era que ahora se ocupaba intensamente de ciencias.

Yo había oído ya mucho de él, y lo reconocí al instante al verlo un día sobre el Vesubio derribando piedras y acudiendo entonces al nuevo cráter y contemplando afablemente el enroscarse azul del humo que brotaba escasamente aún de la abertura y de las grietas. Fui hacia él sobre las protuberancias que brillaban amarillas y le hablé. Él contestó gustoso, y una palabra llevó a la otra. Realmente había entonces un desierto oscuro y espantosamente hendido en torno nuestro, que se hacía tanto más abrupto en cuanto que sobre él se alzaba el indeciblemente ameno y hondamente azul cielo del Sur, hacia el que las pequeñas humaredas ascendían de lado con familiaridad. Hablamos largamente entonces, pero nos marchamos del monte cada uno solo.

Más adelante se presentó de nuevo la ocasión de encontrarnos, nos visitamos entonces con mayor frecuencia, y al final estuvimos, hasta el momento de mi regreso, casi inseparablemente juntos. Encontré que era bastante inocente de los efectos que al parecer causaba su apariencia. De su interior brotaba a menudo algo originario y primigenio, igual que si, aunque iba ya para los cincuenta años, su alma se hubiera conservado hasta ahora porque no había podido hallar lo justo. A la vez me di cuenta, al ir tratando más con él, de que este alma era lo más ardiente y poético que había visto yo hasta entonces, de lo que podía provenir que tuviera eso de infantil, inconsciente, sencillo, solitario, a menudo hasta simple. Él no era consciente de estos dones, y decía con naturalidad las más bellas palabras que yo haya jamás oído de una boca, y nunca en mi vida, ni siquiera más tarde, cuando tuve ocasión de tratar con literatos y artistas, he encontrado un sentido para la belleza tan sensible, que lo informe y la rudeza podían excitar hasta la impaciencia, como en él. Puede también que fueran estos dones inconscientes los que hacían volar hacia él todos los corazones del otro sexo, porque este jugar y brillar son muy raros en hombres de edad avanzada. Justamente de ahí debía provenir también el que tratase tan a gusto conmigo, una persona joven, igual que yo, por mi parte, en aquellos tiempos no era aún realmente capaz de valorar estas cosas como es debido, y las mismas sólo se me volvieron realmente evidentes cuando ya era más viejo y me puse a componer el relato de su vida. Cuán lejos alcanzaba su legendaria suerte con las mujeres, no he podido saberlo nunca, ya que jamás habló de estas cosas, y tampoco se halló nunca ocasión para observaciones. De aquella tristeza que ocupaba al parecer su frente no pude percibir tampoco nada, igual que no supe entonces de sus destinos anteriores sino que antaño había hecho viajes continuos, mas ahora estaba desde hacía años en Nápoles y coleccionaba lava y antigüedades. Que tenía posesiones en Hungría me lo contó él mismo, y me invitó, como dije más arriba, repetidamente a ellas.

Vivimos bastante tiempo juntos, y nos separamos finalmente cuando yo partí, no sin sentirlo. Mas toda clase de figuras de países y personas atravesaron después mi memoria, de modo que al final ni en sueños se me hubiese alcanzado que un día iba a estar en un brezal húngaro de camino hacia este hombre, como realmente era ahora el caso. Me pintaba cada vez más su imagen mentalmente, y me abismaba de tal modo en ella, que a menudo me costaba no creer que estaba en Italia; pues tan caluroso, tan callado era ahora todo en la llanura por la que caminaba como allí, y la capa de vaho azul de la distancia se volvía para mí espejismo de las ciénagas pontinas.

No partí sin embargo en línea recta a la hacienda del comandante que se me señalaba en la carta, sino

que hice varios cruces y rodeos para examinar bien el país. Así como la imagen de éste se me había mezclado antes siempre, debido a mi amigo, con Italia, así ahora se tejía cada vez más y más singular como algo entero e independiente. Había recorrido cien arroyos, arroyuelos y ríos, había dormido a menudo junto a los pastores y sus peludos perros, había bebido de esos solitarios pozos del brezal que con el ángulo de la barra espantosamente alto miran hacia el cielo, y había comido bajo más de un techo de caña de profunda caída — allí se apoyaba el gaitero, allí volaba el veloz carretero sobre el brezal, allí brillaba el blanco chaquetón del pastor de caballos — a menudo me preguntaba qué aspecto tendría mi amigo en este país; pues le había visto tan sólo en sociedad, y en la agitación en que todas las personas se parecen como los guijarros del arroyo. Allí él había sido en apariencia el hombre liso y fino — mas aquí era todo diferente, y a menudo, cuando durante días enteros no veía otra cosa que el lejano crepúsculo azul rojizo de la estepa y los mil pequeños puntos blancos en ella, el ganado del país, cuando a mis pies estaba la tierra profundamente negra, y tanto salvajismo, tanta exuberancia, pese a la historia antiquísima tanto comienzo y originalidad, pensaba entonces, cómo habrá de comportarse aquí. Andaba de un lado a otro del país, me aclimataba cada vez más a su estilo y forma y a sus singularidades, y me era como si escuchase retumbar el martillo con el que se forja el futuro de este pueblo. Cada cosa en el país apunta a tiempos venideros, todo lo pasajero está cansado, todo lo que en él nace es fervoroso, de ahí que viera yo con verdadero gusto sus aldeas infinitas, veía elevarse sus colinas de viñedos, veía sus pantanos y cañaverales, y allí fuera a lo lejos cruzaban sus montañas suavemente azules.

Después de caminar de un lado a otro durante meses, creí por fin un día que debía encontrarme ya muy cerca de la hacienda de mi amigo, y cansado un tanto del ver mucho, decidí poner una meta a mi peregrinar y dirigirme directamente hacia las posesiones de mi futuro hospedador. Había andado toda la tarde a través de un pedregal caluroso; a la izquierda se elevaban contra el cielo cumbres de azul lejano — las tomé por los Cárpatos — a la derecha había tierra quebrada con esa coloración rojiza singular como la que a menudo da el aliento de la estepa: mas no se unían ambas, y entre ambas continuaba la infinita imagen de las llanuras. Por fin, justamente al ascender de una hondonada en que corría el lecho de un arroyo seco, a la derecha saltaron hacia mí un castañar y una casa blanca — una duna de arena me había ocultado ambos hasta entonces. — Tres millas, tres millas — eso había escuchado casi toda la tarde cuando preguntaba por Uwar — así se llamaba el castillo del comandante — tres millas: mas conociendo ya por experiencia las millas húngaras, había con seguridad andado cinco de ellas, y deseaba así fervientemente que la casa se llamase Uwar. A no mucha distancia ascendían campos contra un terraplén en el que vi personas. Quería preguntar a éstas, y crucé con ese objeto un ala del castañar. Aquí vi lo que, aleccionado ya por los muchos cambios de rostro del país, sospechara de inmediato, a saber, que la casa no estaba junto al bosque, sino sólo detrás de una llanura que se apartaba de los castaños, y que debía ser un edificio sumamente grande. Pero sobre el llano vi galopar hacia mí una figura, justamente en dirección a los campos en los que la gente trabajaba. También se agruparon todos los trabajadores en torno a la figura cuando hubo llegado a ellos, como en torno a un señor — pero a mi comandante no se parecía el ser aquel en absoluto. Subí despacio en dirección a la pendiente, que también estaba más alejada de lo que creyera, y llegué justamente cuando todo el ardor del crepúsculo llameaba en torno a los oscuros campos ondulantes de maíz y los grupos de mozos barbudos, y en torno al jinete. Mas éste no era sino una mujer, de unos cuarenta años, que extrañamente tenía puestos los amplios pantalones típicos del país, y también se sentaba al caballo como un hombre. Como los mozos ya se dispersaban y ella estaba casi sola en el lugar, le dirigí mi ruego a ella. Apoyando mi bastón de caminante bajo la mochila, mirándola hacia arriba, y al mismo tiempo restregándome de la cara los rayos del crepúsculo que llegaban oblicuamente, le dije en alemán: «Buenas tardes, madre».

«Buenas tardes», respondió ella en la misma lengua.

«Concededme el favor, y decid: ¿se llama ese edificio Uwar?»

«Ese edificio no se llama Uwar. ¿Habéis sido citado a Uwar?»

«En efecto. He de visitar allí a mi amigo, el comandante, que me ha invitado».

«Andad entonces sólo un rato junto a mi caballo».

Con estas palabras puso a andar a su caballo y cabalgó despacio, para que yo pudiera seguirla, entre las altas mazorcas verdes de maíz, hacia arriba de la cuesta. Yo iba detrás de ella y tuve oportunidad de dirigir mis miradas al entorno — y de hecho hallaba cada vez más razón para admirarme. A medida que llegábamos más arriba se abría a ojos vista el valle tras nosotros, toda una inmensa floresta corría desde el castillo hacia los montes que empezaban tras él, avenidas se extendían hacia los campos, un lote de labranza tras otro se tendía sin más y parecía en excelente condición. Nunca he visto esa hoja larga, grasa, fresca del maíz, y no había un hierbajo entre sus espigones. El viñedo a cuyo linde llegábamos en ese

momento me recordaba a los del Rin, sólo que en el Rin no he visto ese recio porfiar y rebosar de hojas y vides, como aquí. La llanura entre los castaños y el castillo era una pradera, tan pura y suave como si hubiese extendido terciopelo, estaba atravesada por caminos vallados por los que andaba el ganado blanco de la tierra, mas ligero y esbelto, como ciervos. El conjunto se erguía fabuloso desde el pedregal que había recorrido hoy, y que ahora yacía allá fuera al aire de la tarde, y en los rayos que hilaban rojizos miraba caluroso y seco hacia esta fresca y verde lozanía.

En esto habíamos llegado a una de aquellas cabañas blancas como las que había percibido varias diseminadas en el verde del terreno de las vides: y la mujer le dijo a un hombre joven, que a pesar de la calurosa tarde de junio estaba envuelto en su peluda pelliza y se ocupaba de un montón de cosas frente a la puerta de la cabaña: «Milosch, el señor quiere llegar hoy a Uwar, si tomases acaso los dos bayos, le dieses uno, y le acompañases hasta el patíbulo».

«Sí», replicó el muchacho, y se levantó.

«Ahora id con él, os conducirá debidamente», dijo la mujer, y volvió su caballo para cabalgar de vuelta el camino por el que había venido conmigo.

La tomé por algún tipo de administradora y quise darle una moneda considerable por el servicio que acababa de prestarme. Pero ella rió tan sólo y mostró al hacerlo una fila de dientes muy hermosos. Por el viñedo cabalgó hacia abajo lentamente, pero poco después escuchamos el veloz ruido de cascos de su caballo al volar ella sobre la llanura.

Me embolsé de nuevo mi dinero y me volví hacia Milosch. Éste se había puesto entretanto, además de su pelliza, un sombrero ancho, y me condujo un trecho por las plantaciones del viñedo, hasta que subimos a un recodo del valle y dimos con un edificio de labranza del que extrajo dos de aquellos caballos pequeños como los que encuentra uno en los brezales de este país. El mío lo ensilló, el suyo lo montó tal como estaba, y nos adentramos de inmediato en el crepúsculo de la tarde al encuentro del oscuro cielo del este. Puede haber sido un espectáculo curioso: el caminante alemán sentado a caballo con mochila, gorra y bastón de nudos, junto a él el esbelto húngaro con sombrero redondo, bigote, pelliza peluda y pantalones blancos ondulantes — cabalgando ambos en la noche y el desierto. Era de hecho un desierto a lo que fuimos a parar al otro lado del viñedo, y la colonia era como una fábula allí. En realidad el desierto era mi viejo pedregal de nuevo, y seguía tan parecido a sí mismo, que hubiese creído que cabalgábamos de vuelta el mismo camino por el que había venido, si el rojo sucio que aún ardía a mis espaldas en el cielo no me hubiese hecho saber que realmente cabalgábamos hacia el levante.

«¿Cuánto falta hasta Uwar?» pregunté.

«Son aún milla y media», respondió Milosch.

Me conformé con la respuesta y cabalgué tras él tan bien como podía. Cabalgamos junto a las mismas incontables piedras grises como las que había hoy contado a miles todo el día. Resbalaban con engañosa luz sobre el oscuro suelo tras de mí, y puesto que en realidad cabalgábamos sobre un pantano seco y muy firme, no oía el ruido de cascos de nuestros caballos, salvo cuando chocaba el hierro por casualidad con una de las piedras que estos animales, por lo demás, acostumbrados a tales caminos, saben evitar muy bien. El suelo era siempre llano, sólo que otra vez habíamos subido y bajado dos o tres hondonadas, en cada una de las cuales se extendía un torrente fijo de cantos rodados.

«¿A quién pertenece la finca que hemos dejado?» pregunté a mi acompañante.

«Maroshely», contestó.

No sabía, puesto que había pronunciado las palabras cabalgando rápido ante mí, si era éste el nombre del propietario o si había entendido bien en absoluto; pues el movimiento dificultaba el habla y la escucha.

Finalmente salió un pedazo de luna rojo de sangre, y a su débil luz se erguía ya también en la pradera el esbelto armazón que tomé por la meta de mi acompañamiento.

«Aquí está el patíbulo», dijo Milosch, «ahí abajo, donde brilla, corre un arroyo, al lado hay un montón negro, dirigíos a él, es un roble en el que antaño se colgaba a los malhechores. Ahora ya no puede ser así, porque hay patíbulo. Desde el roble empieza un camino hecho, junto al que se alzan árboles jóvenes a ambos lados. Continuad por el camino algo menos de una hora, entonces tirad de la barra de la campana de la verja. Escuchad, aun cuando no esté cerrado con llave, no paséis; es por los perros. Tirad sólo de la barra de la campana. Así pues, desmontad ahora, y abrochaos mejor la chaqueta, no sea que cojáis la fiebre».

Desmonté, y aunque con mi gratificación de la administradora no había tenido suerte, con todo le ofrecí de nuevo a Milosch una. La aceptó y la guardó en la pelliza. Luego atrapó las riendas de mi caballo, se volvió, y salió volando a toda prisa, antes de que pudiera decirle sólo que por favor transmitiese mi agradecimiento al dueño del caballo, ya que tan incondicionalmente había podido cabalgar sobre uno por la noche. Por lo visto estaba anhelando marcharse del lugar. Miré hacia él. Se alzaban dos columnas, y sobre

ellas había un travesaño. Así sobresalía a la luz amarilla de la luna. Arriba había algo, como una cabeza. En realidad podía ser cualquier elevación. Seguí adelante, igual que si la hierba del brezal susurrase tras de mí y algo se removiese al pie del patíbulo. De Milosch no podía percibirse ya la menor huella, como si nunca hubiese estado allí. Llegué en seguida al roble de la muerte. El arroyo irisaba y brillaba y se enroscaba entre juncos, como una serpiente muerta. Al lado estaba la negra estructura del árbol. Lo rodeé y al otro lado había un camino blanco recto, alumbrado por la luna. El camino estaba apisonado y tenía zanjas y una avenida de álamos jóvenes. Me sentó bien el escuchar sonar de nuevo mis pisadas, como ocurre allí en casa en los caminos de nuestro país.

Avancé lentamente. La luna se elevó más y más y quedó por fin clara en el cálido cielo de verano. El brezal se escapaba bajo ella como una pálida rodaja. Por fin, cuando podía haber pasado ya una buena hora, se elevaron ante mí compactas masas negras, como un bosque o jardín, y en breve plazo dio el camino con una verja que se erguía en un muro que corría por fuera del bosque y tenía tras de sí cimas gigantescas que se alzaban con mortal silencio en la plata del aire de la noche. En la verja había un asidero de campana, tiré, y sonó desde dentro. Al instante resonó no un ladrido, sino dos sacudidas de ese resuello profundo, decidido y curioso de los perros nobles — un brinco sordo — y el más grande y hermoso perro que en mi vida había visto se apoyaba por dentro en la verja. Se puso sobre las patas traseras, cogió con las delanteras las barras de hierro, y me miró asomándose sin producir el más mínimo ruido, como es costumbre en la manera seria de esta clase de animales. Pronto llegaron, persiguiéndose en gruñidos, aún otros dos *bulldogs* pelados del mismo género, más pequeños y jóvenes, y todos me miraron fijamente. Después de un rato escuché también pasos humanos acercándose, y un hombre con pelliza peluda llegó y preguntó por mi deseo. Repliqué si acaso estaba en Uwar, y di mi nombre. Debía tener instrucciones; pues inmediatamente apaciguó a los perros con palabras húngaras, y abrió después la verja.

«El señor tiene cartas de vos y os espera desde hace tiempo», dijo el hombre mientras andábamos.

«Ya le había escrito que quería ver vuestro país», respondí.

«Y lo habéis visto largo tiempo», dijo él.

«Desde luego», respondí. «¿Está despierto aún el comandante?»

«No está en casa, sino en la junta, mañana temprano cabalgará hacia aquí. Para vos ha mandado disponer tres habitaciones y dejado dicho que debíamos conduciros a ellas si llegarais en su ausencia».

«Conducidme pues a ellas».

«Bien».

Estas palabras fueron las únicas que intercambiamos en el largo camino que, en mi opinión, hicimos más bien a través de un bosque virgen que de un jardín. Abetos gigantescos se extendían hacia el cielo, y ramas de roble del grosor de un hombre acechaban en torno. El perro grande iba tranquilo a nuestro lado, los otros olisqueaban en mis ropas y se perseguían luego a veces. Habiendo recorrido así este bosquecillo, llegamos a una elevación sin árboles en la que se erguía el castillo — en la medida en que podía ahora reconocerlo — un gran edificio cuadrado. Pero esta elevación hacía subir una ancha escalera de piedra sobre la que cuajaba la más bella luz de la luna. Detrás de la escalera había un espacio algo más llano, y luego una gran verja que servía en lugar del portal de la casa. Una vez que hubimos llegado a la verja, mi acompañante dijo algunas palabras a los perros, a lo que éstos volvieron disparados al jardín. Abrió entonces la verja y me condujo dentro del edificio.

En la escalera ardía luz aún y daba brillo a altas y extrañas estatuas de piedra con amplias botas y ropajes arrastrados. Puede que fueran reyes húngaros. Luego nos recibió en el primer piso un largo pasillo cubierto de esteras de caña. Caminamos a lo largo de él y subimos luego aún una escalera. Aquí había de nuevo un pasillo similar, y abriendo uno de los batientes de la puerta que en el mismo había, dijo mi acompañante que aquí estaban mis habitaciones. Entramos en ellas. Después de haber encendido en cada una varias velas, me deseó buenas noches y se fue. Tras un rato fueron traídos por otro pan, vino y asado frío, a lo que me fueron dadas por él, como por su antecesor, las buenas noches. Me di cuenta por ello y por el mobiliario completo de las habitaciones de que ahora permanecería solo, y fui por tanto a las puertas y me encerré.

A esto comí, e inspeccioné entretanto mi vivienda. La primera habitación, en la que fuera colocada la comida en una mesa grande, era muy espaciosa. Las velas irradiaban claridad e iluminaban todo. Los enseres eran distintos a lo que se estila entre nosotros. En medio había una larga mesa, a uno de cuyos extremos comía yo. En torno a la mesa había colocados bancos de madera de roble que realmente no parecían confortables, sino como destinados a juntas. Por lo demás tan sólo aquí y allá podía verse alguna silla. De las paredes colgaban armas de distintas épocas históricas. Puede que antaño pertenecieran a los húngaros. Había aún muchos arcos y flechas entre ellas. Además de las armas colgaban también allí ropas

húngaras que se habían conservado de épocas anteriores, y luego esas de seda, holgadas, que podían haber pertenecido o bien a turcos o hasta a tártaros.

Cuando hube terminado con mi cena, fui a las dos habitaciones contiguas que seguían a esta sala. Eran más pequeñas, y tal y como había ya notado en un primer vistazo al ser introducido, amuebladas más confortablemente que la sala. Había allí sillas, mesas, armarios, enseres de aseo, útiles de escribir y todo lo que un caminante solitario puede desear en su vivienda. Incluso había libros sobre la mesa de noche, y estaban todos en lengua alemana. En cada una de las dos habitaciones se alzaba una cama, pero en lugar de colcha había extendida sobre cada una esa ancha prenda popular que llaman *bunda*. Habitualmente es un abrigo de piel en el que el lado áspero está vuelto hacia adentro y el blanco liso hacia afuera. Este último tiene con frecuencia toda clase de cordones, y está adornado con dibujos de colores cosidos en cuero.

Antes de echarme a dormir fui todavía, como tengo siempre por costumbre en lugares extraños, a la ventana a mirar qué aspecto tenía fuera. No había mucho que ver. Pero sí reconocí a la luz de la luna que el paisaje no era alemán. Como otra bunda, sólo que gigantesca, se extendía abajo la mancha oscura del bosque o jardín sobre la estepa — fuera irisaba el gris del brezal — luego había toda clase de estrías, no supe si eran objetos de este mundo o capas de nubes.

Después de haber dejado que mis ojos recorrieran por un rato todas estas cosas, me aparté de nuevo, cerré las ventanas, me desvestí, fui a la primera cama y me acosté.

Al estirar las pieles blancas de la bunda sobre mis cansados miembros, y al cerrar ya casi los ojos, aún pensé: «Así que estoy ansioso, qué de amable o feo he de vivir en esta casa».

Luego me adormecí, y todo estaba muerto, lo que en mi vida había sido ya, y lo que fervorosamente deseaba que pudiera darse en la misma.

2. CASA EN LA ESTEPA

Cuánto durmiera, no lo sé, mas que no fue profundo ni bueno, eso lo supe. Debió tener la culpa el cansancio excesivo. Toda la noche anduve por el Vesubio, y veía al comandante ya sentado en Pompeya en traje de peregrino, ya de pie entre las escorias o buscando piedras en frac. En mi sueño matutino resonaron relinchos de caballo y ladridos de perro, luego dormí profundamente algún tiempo, y cuando desperté era pleno día en la habitación, y miré en la sala, en que las armas y ropas colgaban bañadas por el sol. Abajo bramaba el parque oscuro con el ruido de los pájaros, y al levantarme y acudir a una de las ventanas, afuera resplandecía el brezal en una red de rayos solares. Cuando apenas me había vestido tocaron a mi puerta, abrí y entró mi amigo. Desde hacía días había estado siempre ansioso por el aspecto que tendría, y no tenía otro aspecto que el que podía tener, es decir concordante hasta tal punto con todo el entorno, que parecía como si lo hubiese visto siempre así. Sobre el labio superior tenía el habitual bigote, que hacía aún más resplandecientes los ojos, la cabeza la cubría un extenso sombrero redondo y de los lomos le caía el blanco y ancho pantalón. Era del todo natural que tuviera que ser así, de pronto no podía imaginarme ya cómo le sentaba el frac, su atuendo me parecía encantador, de modo que mi frisa alemana, que yacía polvorienta y desollada sobre un banco bajo el descolorido vestido de seda de algún tártaro, se me hacía casi lamentable. Su chaqueta era más corta de lo que suelen serlo en Alemania, pero casaba muy bien con el total. Mi amigo parecía en verdad envejecido; pues sus cabellos se mezclaban con el gris, y su rostro estaba repleto de esas líneas finas y cortas que muestran la cifra creciente de los años en las personas bien formadas que se conservan largo tiempo; pero se me aparecía tan agradable y atractivo como siempre.

Me saludó muy amable, muy cordial, casi íntimamente — y tras haber charlado media hora nos conocíamos de nuevo como antes. Parecía como si no nos hubiésemos separado desde nuestro viaje en Italia. Al vestirme yo y señalar que llegaría una maleta con mis otras cosas, propuso que hasta entonces, o si lo deseaba durante todo el tiempo de mi estancia aquí, vistiese ropas húngaras. Accedí a ello y los componentes necesarios me fueron traídos pronto, a lo que señaló que ya se encargaría de la variación en los días siguientes. Al bajar así al patio con los mozos vestidos al igual que nosotros, y al mirarnos éstos tan aprobatoriamente desde los sombríos bigotes y las pobladas cejas y traernos los caballos para un paseo matutino, había algo tan noble y tranquilizador en la representación que me sentí en verdad reanimado en lo más íntimo.

Acompañados del dogo manso y grande, cabalgamos por las posesiones del comandante. Me mostró todo y en ocasiones repartía órdenes y elogios. El parque por el que al principio cabalgamos era una selva amable, muy bien cuidada, conservada en su pureza y cruzada por senderos. Cuando salimos a los campos ondeaban en el verde más oscuro. Tan sólo en Inglaterra he visto algo igual; pero allí, me pareció, era más suave y blando, mientras que esto de aquí se me aparecía con más fuerza y penetrado por el sol. Detrás del parque cabalgamos suavemente cuesta arriba, y en la cresta de esta altura suave que avanzaba hacia el brezal se extendían las plantaciones de viñas. Por todos lados había una hoja ancha y oscura, en todas partes se entremezclaban melocotoneros, las plantaciones abarcaban una gran comarca, y desde los lugares adecuados nos contemplaban, como en Maroshely, los brillantes puntos blancos de las garitas. Llegados al brezal vimos sus reses, un rebaño grande, disperso, casi incalculable. Una hora de cabalgata nos condujo luego a los acaballaderos y ovejeras. Cuando íbamos por el brezal señaló una línea estrecha y negra que muy lejos, al oeste, cortaba el gris que se alejaba por la estepa y dijo: «Esos son los viñedos de Maroshely, de donde ayer obtuvisteis los caballos».

El regreso lo hicimos por otro lado, y aquí me mostró sus jardines, sus frutales y sus invernaderos. Antes de llegar allí cabalgamos junto a una comarca muy poco vistosa en la que se ocupaba un número considerable de hombres. A mi pregunta dijo que éstos eran mendigos, vagabundos, chusma incluso, que había ganado mediante pago puntual para que trabajasen para él. Desecan en este momento una comarca

pantanosa y trazan un camino.

Al mediodía, cuando habíamos llegado a casa, comimos con todos los mozos y muchachas en una especie de vestíbulo, o más bien bajo un colgadizo enorme junto al que se alzaba un nogal gigantesco. Junto al pozo de madera tocaban unos gitanos que pasaban justamente entonces. — Se había sumado a la mesa un desconocido, un joven en la más temprana edad. Me llamó la atención por su extraordinaria belleza. Había traído cartas de la vecindad y se había vuelto a marchar tras la comida. El comandante le había tratado con mucho respeto, casi con cariño.

La calurosa tarde la pasamos en las frescas habitaciones. Al atardecer mi huésped me mostró el crepúsculo del brezal. Cabalgamos expresamente con ese propósito, después de que me hubiese aconsejado ponerme, igual que él, una piel contra el aire febril de la llanura, pese a que el aire aún caliente parecía hacerla prescindible. Esperamos, una vez que hubimos salido, en el punto indicado por él hasta que el sol se hubo puesto. Y en efecto, fue un espectáculo suntuoso el que siguió: sobre todo el plano negro del brezal estaba puesta la gigantesca campana del cielo amarillo ardiente, llameante, ondeando y dominando hasta tal punto los ojos que cada cosa de la tierra se vuelve extraña y negra. Una brizna de hierba del brezal se yergue como viga ante la lumbre, un animal que cruza casualmente esboza un monstruo negro sobre el fondo de oro, y pobres matas de enebros y endrinos pintan domos lejanos y palacios. Al este empieza luego, tras unos instantes, a ascender el azul húmedo y frío de la noche, y corta con un vaho turbio e impenetrable el verdadero brillo de la cúpula del cielo.

El fenómeno se prolonga largo tiempo, sobre todo en los días de junio, cuando el sol está alto. Vueltos a casa, habiendo tomado ya la cena y charlado un buen rato, estando luego yo en mi dormitorio, de pie junto a la ventana, y acercándose ya la medianoche, había aún un trocito de luz turbiamente amarilla en el oeste, mientras ya en el este azul ardía el disco rojo de la media luna.

Me propuse esa tarde preguntarle al comandante mañana, o pasado mañana o cuando fuera que se diese una oportunidad en los días subsiguientes, por la meta sobre la que me había escrito que finalmente la había encontrado y que lo ataba a la patria por los tiempos sempiternos.

A la mañana siguiente me despertó antes de la salida del sol y preguntó si deseaba pasar el día a solas o compartirlo con él. De ambas opciones era igualmente libre en el futuro. Si deseaba participar en las ocupaciones y empeños de la casa, tendría que levantarme, en el día en que tuviese en mente tal cosa, con el sonido de la campana del patio que se hacía repicar cada mañana y acudir al desayuno común. Mas si algún día tuviese planes separados, a su gente se le había dado orden, caso de que él mismo no estuviera, de estar a mano para mí con caballos, con acompañamiento o con cualquier otra necesidad. A él le gustaría que de estas cosas, sobre todo si implicaban distancias mayores de la casa, le avisase siempre con antelación, para preservarme de rodeos, dificultades, y quizá de pequeños peligros que podrían producirse. Le estuve agradecido por su solicitud y declaré que hoy y mañana, y en general hasta que se me ocurriera otra cosa, deseaba compartir su tiempo.

Me levanté por tanto, me vestí, y me dirigí al desayuno bajo el colgadizo. La gente casi había terminado, y se separaron para acudir a sus diferentes trabajos. El comandante me había esperado, y aguardó hasta que hube terminado con la ingesta de mi desayuno. Entonces nos fueron presentados los caballos ensillados. No pregunté qué iba a hacer, sino que le seguí hacia donde cabalgaba.

Esta vez no cabalgamos ya de un lado a otro en general, de modo que él me mostrase sus posesiones y actividades, sino que dijo que quería hacer lo que el día de hoy le exigiese y que yo podía observarle, si no me procuraba aburrimiento.

Llegamos a una extensa pradería en que se producía heno. El hermoso bayo húngaro que cabalgaba el comandante le llevó bailando por el césped blando, cortado y hermoso. Desmontó mientras un mozo sujetaba al caballo y examinó el heno en distintos almiares. El mozo observó que estaba destinado a ser introducido por la tarde. El comandante dispuso que mientras estuviese cortada la pradera se excavasen fosos para que saliese el agua sobrante y, en otras partes, para que se juntase. De la pradera tomó el camino a los invernaderos, que no estaban, como es costumbre de ordinario, en la cercanía de la casa, sino en un lugar adecuado, donde una suave pendiente mostraba su cubierta contra el levante y el mediodía. Junto a estas casas había instalada una pequeña y limpia cuadra a la que el comandante y su compañía, cuando por casualidad había alguien, podían llevar sus caballos; pues no pocas veces se daba el caso de que debía permanecer aquí un buen rato, y cuando había visita que deseaba examinar los invernaderos, ocurría de hecho que pasaban así varias horas. Llevamos nuestros caballos ensillados a la cuadra, y él comenzó primero por inspeccionar varias plantas y vegetales que eran ordenados para envíos a petición, luego fue a la habitación del jardinero, donde había papeles, y pasó un tiempo bastante largo con los mismos a la mesa. Yo entretanto miré las cosas a mi alrededor, de las que entendía exactamente tanto y tan poco como puede

entender uno que viaja sin cesar y ha examinado incontables invernaderos. Mas cuando luego repasé un rato en su biblioteca las obras y reproducciones sobre esta rama, comprendí lo poco que sabía en realidad de lo esencial de esta cuestión.

«Si de verdad se pretende», dijo en otra ocasión el comandante, «obtener frutos de estas maravillosas cosas que se desbordan, hay que cultivarlas a fondo y tratar de superar significativamente a los demás que trabajan en ellas».

Saliendo de la habitación del jardinero, estuvo mirando un rato a varias mujeres que se ocupaban de quitar el polvo y limpiar las verdes hojas de camelia. Esta planta era entonces rara y costosa todavía. Examinó también las limpias e hizo sus observaciones. Desde allí pasamos por delante de los muchos bancales de arena blancos y limpios de los invernaderos, en los que estaban las plantitas muy jóvenes, y luego junto a todas las flores y vegetales cuyo cultivo se había impuesto como tarea. A la salida opuesta de las instalaciones nos esperaban nuestros caballos, que un mozo de jardinero había llevado entretanto por detrás. Aquí estaban los puestos para la preparación y mezcla de la tierra, que durante todo el año es traída en cestos por los burros desde distintas regiones y a menudo de bosques coníferos muy alejados. Hasta para la quema de la tierra había lugares específicos, y cerca se apilaba la madera de roble que en invierno sirve para el caldeamiento.

Puesto que, como ya había notado ayer, desde los invernaderos no quedaba lejos el brezal, cabalgamos ahora por éste. La buena marcha de nuestros esbeltos caballos nos llevó pronto tan lejos sobre la uniforme llanura de olor matutino, que ya sólo veíamos el castillo y el parque como una oscura mancha tendida en la distancia. Aquí dimos con sus pastores. Algunas varas, tan escasas que no cabe llamarlas protección, formaban una choza, o quizá sólo una señal que puede verse y encontrarse con facilidad en la estepa. Bajo estas varas ardía o más bien producía su rescoldo un fuego que era alimentado con las duras ramas o con las raíces de los enebros y endrinos y otros arbustos lisiados. Aquí preparaban su comida los pastores, que observaban su mediodía ya a las once. Figuras pardas, cuyas pellizas yacían en derredor, flanqueaban al comandante en mangas de camisa y sucios pantalones blancos y respondían a sus preguntas. Otros, como habían notado su llegada en la planicie extendida a lo lejos, acudían al galope en caballos pequeños y poco vistosos que no tenían ni silla ni manta, y a menudo en vez de riendas y cabestros tan sólo una cuerda. Desmontaban, sujetaban sus caballos con la mano, y rodeaban al comandante, que asimismo había desmontado y entregado su caballo para que lo sujetaran. No hablaban meramente de su ocupación con él, sino también de otras cosas, y él los conocía a casi todos por el nombre. Era tan campechano con ellos como si fuese uno de su medio, y esto, según creí, despertaba una suerte de entusiasmo entre los hombres. Como entre nosotros en las montañas, también aquí pasaban los animales el verano entero al aire libre. Eran ese tipo de reses blancas y de largos cuernos que se dan en el campo y se alimentan de las hierbas de la estepa, que tienen un condimento y un olor a flores que nosotros, los de tierras alpinas, apenas les atribuiríamos. Con estos animales, los hombres que se encargan de ellos permanecen asimismo al aire libre, y a menudo no tienen sobre sí más que el cielo y las estrellas, a menudo sólo, como hemos visto, algunas varas, o una choza de tierra excavada. De pie ante el comandante, o el terrateniente, como aquí le llamaban, escuchaban sus disposiciones. Al montar él de nuevo, uno de ellos, que mostraba unos ojos brillantes entre el negro de su rostro y de sus cejas, le sostuvo el caballo, mientras que otro de pelo largo y espeso bigote se inclinó y le sostuvo el estribo.

«Adiós, hijos», dijo al partir, «os visitaré pronto de nuevo, y si los vecinos vienen hasta aquí, nos tenderemos por la tarde en el brezal y comeremos con vosotros».

Había pronunciado estas palabras en húngaro, y a mi ruego me las tradujo al alemán.

Al cabalgar de nuevo me dijo: «Si os placiera contemplar un día en detalle esta explotación del brezal, y desearais llegar un día hasta aquí para vivir en cierto modo con esta gente, debéis tener cuidado con los perros que tienen. No siempre son tan mansos y pacientes como los habéis visto hoy, sino que os tratarían con severidad. Debéis decírmelo con antelación, para que os acompañe, o si yo no puedo, para que os asigne un pastor conocido que os guíe y a quien los perros quieran».

Lo cierto es que me habían admirado, cuando estábamos junto al fuego de los pastores, los enormemente grandes, esbeltos y peludos perros, como nunca los hallé en todo mi viaje, y que se sentaban tan recatados a nuestro lado y entre nosotros alrededor del fuego, como si entendiesen algo de la negociación y tomaran parte en ella.

Nos volvimos de nuevo, al seguir cabalgando, hacia el castillo, puesto que se acercaba ya la hora del almuerzo. Cuando llegamos, como ayer, cerca del tramo en que la gente trabajaba para secar el pantano y trazar el plano de un camino, dijo, señalando un trigal junto al que cabalgábamos muy cerca, y en el que el fruto se erguía con inusual belleza: «Estas buenas glebas, si cumplen con su obligación, deben

proporcionarnos el dinero para que podamos realizar algo también en otras partes. La gente trabaja ahí en el desierto todo el año. Tienen su jornal y cocinan directamente al aire libre junto a sus negocios. Para dormir se meten en esas chozas de madera que veis. En invierno, cuando se forma hielo, afrontamos las partes más profundas, con las que ahora no podemos por la excesiva blandura del suelo, y las rellenamos con cantos rodados de la estepa y piedras que tomamos de las plantaciones de viñedos».

Divisé efectivamente, al mirar hacia la peculiar instalación, las chozas de madera de las que él había hablado, y vi alzarse en distintas partes del lomo del brezal un humo débil, que podía denotar los toscos hogares en los que la gente cocinaba su almuerzo.

Al llegar al parque, rodeados por los dogos grandes y pequeños, en la casa señorial sonaba justamente la campana que nos llamaba con las otras gentes a comer.

A la tarde de este día no pregunté a mi amigo por su meta, como me había propuesto firmemente al irme a dormir la víspera.

La tarde discurrió según lo acostumbrado en casa, sólo que hacia las cinco el comandante partió, no sé hacia dónde, por el camino allanado con alameda por el que llegara yo de noche, mientras que yo examiné los libros que en número cada vez mayor me había hecho traer a mi cuarto desde su biblioteca.

Al día siguiente el comandante tuvo mucho que escribir, y yo empleé casi el día entero en inspeccionar los caballos que tenía en casa y en trabar conocimiento con su gente.

El día que siguió después estuve con él en la ovejera, que está a distancia de dos horas cabalgando, y en la que empleamos el día entero. Tiene allí algunas gentes que revelan una formación considerable, y que parecen tratar con él de lo esencial del asunto que aman. Vi también aquí que todas las ramas de su actividad tienen su administración económica propia, puesto que extendió a las ovejeras una suma que había sido tomada de otro sector. La cosa fue registrada en los papeles con mucha corrección y exactitud y documentada. Las instalaciones son muy complejas, y las crías se ordenan según su necesidad.

En otra ocasión vi los acaballaderos, y estuvimos en los pastos en los que sus potros y los caballos jóvenes de raza corriente andan entre pastores, como el ganado en otras partes.

De este modo fui conociendo poco a poco todo el círculo de su actividad, que en verdad no era insignificante. Me asombraba que dedicara a estas cosas tal atención y cautela, puesto que antes lo había conocido más bien como soñador y componiendo e investigando en torno a ciencias.

«Creo», dijo una vez, «que debería empezarse así con el suelo de un país. Nuestra constitución, nuestra historia es muy antigua, pero hay aún mucho que hacer; hemos sido conservados en ella, al igual que una flor en un libro de recuerdos. Este extenso país es una joya mayor de lo que puede pensarse, pero debe ser engastada aún más cada vez. El mundo entero se embarca en una lucha por hacerse aprovechable, y nosotros debemos sumarnos a ella. De qué florecimiento y qué belleza es por ahora aún capaz el cuerpo del país, y ambos deben ser extraídos. Debéis haberlo visto cuando veníais hacia mí. Estos brezales son la mejor tierra negra de labor, en estas alturas llenas de piedras centelleantes hasta aquellas montañas azules que veis en el norte duerme el ardiente flujo del vino, y alborea velada de tierra la mirada brillante del metal. Dos corrientes muy nobles recorren nuestra tierra, sobre ellas, por así decirlo, está muerto aún el aire, y aguarda a que en él ondeen incontables banderolas. Múltiples pueblos hay en el país, más de uno es un niño, al que debe enseñársele lo que ha de hacer. Desde que vivo en medio de mi gente, sobre la que tengo realmente más derecho del que imagináis, desde que ando con ellos en sus ropas, comparto sus costumbres, y me he ganado su estima, me siento realmente como si hubiese conquistado esta y aquella dicha que antaño busqué siempre en una u otra distancia».

Ya no volví a preguntarle nunca al hombre por su meta, de la que había hecho mención en su carta.

Con preferencia había dirigido su atención a las especies de cereales. Y éstas se alzaban también con tal abundancia y belleza, que sentía ya curiosidad por cuándo las espigas se dirigirían a la madurez y cuándo las traeríamos a casa.

La soledad y fuerza de estas ocupaciones me recordaba con frecuencia a los vigorosos romanos antiguos, que también habían amado tanto la agricultura, y que al menos en su época inicial solían ser también solitarios y fuertes.

«Qué hermoso y originario», pensaba, «es el destino del agricultor, cuando lo entiende y ennoblece. En su simpleza y su complejidad, en la convivencia primera con la naturaleza, que carece de pasión, se acerca mucho a la leyenda del paraíso».

Como estaba ya desde hace tiempo en las posesiones del comandante, como abarcaba las partes de las mismas y aprendía a comprenderlas, como las cosas crecían ante mí y tomaba parte en la prosperidad de las mismas: el uniforme y suave discurrir de estos días y negocios me había ensimismado tanto, que me sentía bien y armónicamente estimulado, y olvidé nuestras ciudades, igual que si fuera una pequeñez lo que en

ellas se agita.

Como habíamos estado una vez más con los caballos que están en el brezal, y como a los pastores de los mismos se habían sumado también los que están encargados del negocio del ganado, de modo que casualmente un gran número de estas personas estaban reunidas en el brezal y con nosotros, el comandante me dijo en el viaje a casa — pues esta vez había enganchado un hermoso tiro de brezal con arneses de correa a un carruaje que rodaba seguro, con gran distancia entre las ruedas, por la hierba del brezal: «A éstos podría llevarlos incluso hasta el derramamiento de sangre, tan pronto como me pusiera a su cabeza. Me son incondicionalmente afectos. También los otros, los mozos y los trabajadores que tengo en casa, se dejarían triturar los miembros antes que permitir alguno que se me tocase un pelo. Si además añado a los que son mis súbditos por el derecho de terrateniente, y que, como he podido comprobar en muchas ocasiones, me son de todo corazón afectos, sumaría así, según creo, un número bastante grande de personas que me quieren. — Fijaos, y llegué hasta ellos tan sólo cuando mi cabeza ya se había vuelto gris, y cuando los había tenido olvidados muchos años. Cómo sería el dirigir así a cientos de miles y llevarlos hacia el bien; pues generalmente, cuando confían, son como niños, y siguen hacia el bien como hacia el mal».

«Creí una vez», prosiguió después de un rato, «que llegaría a ser artista o erudito. Mas comprendí que éstos deben decir a la humanidad una palabra seria y profunda que les entusiasme, que les haga más grandes y más nobles — o que al menos el erudito saque a la luz e invente cosas que fomenten y hagan progresar a los hombres en el bien terreno y en los medios. Mas en ambos casos es necesario que un hombre tal posea él mismo, antes que nada, un corazón sencillo y grande. Mas como yo no lo tengo, dejé que todo siguiera su curso, y ahora ya pasó».

Sentí, mientras decía estas palabras, como si una suave sombra cruzara por sus ojos, y como si mirara en este instante al aire con aquella exaltación de antaño, cuando a veces nos sentábamos ociosos en el Epomeo, todo un mar de azul celeste reposando en torno nuestro, abajo el mar brillando, y él hablaba de toda clase de sueños y deseos de los jóvenes corazones. Por eso me asaltó de pronto el pensamiento de si es que la dicha, de la que me dijera que la había encontrado, no estaba aún del todo ahí.

Ésta había sido la única vez, desde que nos conocíamos, en que había aludido a su pasado, nunca antes en todo nuestro trato. Tampoco yo le he preguntado nunca, como tampoco pregunté después. Quien viaja mucho aprende a respetar a las personas, y les deja hacer en la intimidad de su vida, que no se abre si no es voluntariamente. Yo llevaba ya bastante tiempo en Uwar, y estaba a gusto allí, porque participaba en las ocupaciones del lugar con atención, y a menudo también con verdadera actividad, y porque en otros momentos seguía escribiendo el diario de mis viajes y experiencias: pero me parecía percibir que en la vida del comandante, pura y ocupada, había algún sedimento que no permitía la clarificación completa, y sentía como si hubiese allí una forma de tristeza, que naturalmente en un hombre sólo se expresa mediante seriedad y calma.

Por lo demás, en su vida y en su trato conmigo era muy sencillo, y no podía hablarse en absoluto de reserva o disimulo. Así, sobre la mesa de su salón escritorio, al que entraba yo muy a menudo, y en el que por las tardes calurosas o por la noche junto a la vela, cuando aún no nos íbamos a dormir, charlábamos de diferentes cosas, había un retrato — era en hermoso marco de oro el retrato reducido de una muchacha de quizá veinte — veintidós años — mas singular era, puesto que el pintor podría haber velado el hecho, que no era el retrato de una muchacha hermosa, sino de una fea — el color oscuro del rostro y la estructura de la frente eran extraños, mas había algo así como vigor y fuerza en ella, y la mirada era salvaje, como de un ser decidido. Que esta muchacha debió haber tenido algún papel en su vida anterior se me hizo claro, y se me ocurrió la idea de por qué este hombre no se había desposado, igual que también había tenido ya esta idea durante nuestro conocimiento en Italia; mas según mis principios no le había preguntado entonces, y tampoco le pregunté ahora. Desde luego, podía dejar con calma el retrato sobre la mesa; pues de su gente no pasaba nadie al escritorio, sino que debían permanecer en el recibidor, donde una campanilla sonaba al entrar, cuando alguien tenía algo que decirle. Tampoco de entre sus conocidos y de entre los visitantes pasaba nadie a la habitación, ya que los recibía siempre en su otra vivienda. Era por tanto un grado de confianza el que pudiese entrar yo allí y examinar todo cuanto allí había. Esta confianza bien podía agradecerla al hecho de que yo nunca indagaba ni rumiaba.

Entretanto había llegado la cosecha, y nunca me olvidaré de aquel tiempo jovial y entretenido.

El comandante tuvo que realizar algunas veces desde entonces pequeños viajes a la vecindad, y me invitó con él. En ningún país son las distancias entre los puntos habitados a menudo tan grandes como aquí, pero cabalgando en los rápidos caballos, o viajando en los carruajes ligeros sobre el brezal, se recorren en un tiempo relativamente corto. Una vez el comandante se puso el ajustado traje popular húngaro, iba de punta en blanco, con el sable a la cintura. Le sentaba muy bien. Pronunció en una reunión de su condado

sobre los asuntos comunes un discurso en húngaro. Como era desde siempre mi costumbre aprender, en cada país al que llegaba, rápidamente todo lo que me fuera posible del idioma, había ya aprendido de la gente del comandante y de todos los que me rodeaban algo de húngaro, de ahí que entendiera un poco del discurso, que suscitó en una parte vehemente admiración, y en la otra vehemente reprobación; en el viaje a casa me lo tradujo íntegramente al alemán. Por la tarde a la mesa lo vi aquel día en frac, como antaño en Italia, igual que la mayoría de los presentes se habían quitado sus trajes populares y estaban en los fracs comunes europeos.

También le había acompañado a otras visitas que hizo en la vecindad. Supe así que existen cuatro sedes como la que tenía el comandante. Hacía algunos años se había cerrado una alianza para favorecer la agricultura y la promoción de los productos originarios, haciéndolo primero en la mejor escala en las propias posesiones, y precediendo a los demás con el ejemplo, es decir cuando éstos ven que de la cosa se despliegan la prosperidad y una vida mejor. La alianza tenía también sus leyes, y los adheridos celebraban reuniones agrícolas. Además de estas cuatro grandes granjas modelo, que en realidad eran hasta ahora los únicos miembros de la alianza, algunos propietarios menores habían comenzado ya a imitar el proceder de sus vecinos mayores, sin ser por ello realmente miembros de la alianza. A la asamblea, sin embargo, podían acudir tan sólo como oyentes, o en ocasiones como consultantes, todos los agricultores y todas las personas, si es que previamente lo habían anunciado. Y tomaban parte sin escatimar, como comprobé en una reunión que se celebró donde el miembro Gömör a distancia de cuatro horas cabalgando de Uwar, en la que de los miembros sólo estaban el comandante y Gömör, mas de los oyentes un gran número.

Posteriormente he estado aún dos veces a solas donde Gömör, y la última vez he pasado incluso varios días en su casa.

Como la cosecha llegaba a su fin, y los trabajos se volvían menos numerosos, el comandante me dijo un día: «Ya que ahora tendremos un poco de ocio, cabalgaremos la semana próxima hasta donde mi vecina Brigitta Maroshely y le haremos una visita. Conocerá en mi vecina Maroshely a la mujer más extraordinaria de este mundo».

Dos días después de esta sentencia me presentó al hijo de Brigitta, que había venido por casualidad hasta nosotros. Era éste el mismo joven que el primer día de mi estancia en Uwar había almorzado con nosotros, y que me había llamado la atención entonces por su excepcional belleza. Se quedó casi el día entero, y estuvo con nosotros en distintos puntos de las posesiones. Se hallaba, como notara ya la vez primera, en los primeros años de la adolescencia, apenas en la transición de niño a adolescente, y me gustó mucho. Sus suaves ojos oscuros me hablaban bellamente, y cuando se sentaba a caballo, tan enérgico y tan humilde: mi ser entero se inclinaba hacia él. Tuve un amigo que era así, al que en los primeros años de su juventud reclamó la fría tumba. Gustav, que así se llamaba el hijo de Brigitta, me recordaba vivamente a él.

Desde que el comandante pronunciara la sentencia sobre Brigitta, y desde que conocía al hijo de ésta, sentía gran curiosidad por verla a ella también en persona.

Sobre el pasado de mi huésped el comandante había sabido un poco por Gömör, cuando estuve en su casa. Gömör es, como algunos de sus amigos que había conocido en su casa, de lengua fácil y amistosa, y me contó espontáneamente lo que sabía. El comandante no había nacido en la región. Descendía de una familia muy rica. Desde su juventud había estado casi siempre de viaje, la verdad es que no se sabía bien dónde, como tampoco se sabía en qué servicios había ganado el grado de comandante. En sus posesiones de Uwar no había estado en toda su vida anterior. Hacía algunos años había llegado, se había establecido en Uwar, y se había adherido a la alianza de los amigos de la agricultura. Entonces sólo había dos miembros de la alianza: él mismo, Gömör, y Brigitta Maroshely. En realidad no era una alianza; pues los encuentros y las leyes surgieron sólo más tarde, sino que los dos vecinos, él y Brigitta, empezaron al unísono con la explotación mejorada de sus haciendas en esta región desierta. En el fondo había sido Brigitta la que comenzó. Puesto que debía llamársela más bien poco agraciada que agradable, su esposo, un hombre joven y frívolo con el que se había casado en sus años tempranos, la había abandonado, y no había regresado. Apareció entonces con su hijo en su posesión de Maroshely, empezó a reformar y a administrar como un hombre, y hasta hoy viste y cabalga como un hombre. Mantiene unida a su servidumbre, actúa, y administra desde la mañana hasta la noche. Aquí se puede ver de lo que es capaz el trabajo incesante; pues ha obrado casi milagros sobre el pedregal. Al conocerla se había vuelto su imitador, y había introducido el método de ella en sus posesiones. Hasta ahora no se ha arrepentido. Al principio el comandante, tras haberse establecido en Uwar, no había acudido a verla durante años. Luego ella estuvo una vez enferma de muerte: él cabalgó entonces sobre el brezal a donde ella, y la sanó. Desde aquel tiempo acudía siempre a donde ella. La gente dijo entonces que había empleado los poderes curativos del magnetismo, de los que era partícipe, pero en realidad nadie es capaz de decir algo correcto en este asunto. Se ha desarrollado un

vínculo inusualmente íntimo y amistoso — de la amistad más elevada es digna la mujer — pero si la pasión que ha tomado el comandante por la fea y ya entrada en años Brigitta es natural, ésa es otra cuestión — y pasión lo es sin duda, esto lo ve cualquiera que allí acuda. El comandante se casaría sin dudarlo con Brigitta, si pudiera — por lo visto le aflige profundamente que no puede; mas como no se sabe nada del marido de ella, no se puede traer ningún certificado de defunción ni de separación. Este hecho habla muy a favor de Brigitta, y condena a su esposo, que antaño la dejó frívolamente, mientras que ahora un hombre tan serio anhela poseerla.

Estas cosas me había dicho Gömör sobre el comandante y Brigitta, y aún coincidí un par de veces con Gustav, el hijo de ella, con ocasión de una visita que hicimos a vecinos, antes de que llegara el día que había sido designado para que cabalgásemos a donde su madre.

La víspera de ese día, cuando el chirrido multitudinario de los grillos vespertinos del brezal caía ya sobre mis oídos somnolientos, pensé en ella una vez más. Soñé entonces distintas cosas sobre ella, sobre todo no me abandonaba el sueño de que estaba en el brezal ante la extraña jinete que en su día me había prestado los caballos, que me hechizaba con hermosos ojos, que debía permanecer inmóvil, que no podía alzar un pie, y que en todos los días de mi vida no iba a ser capaz de irme de aquel punto del brezal. Me dormí después profundamente, desperté al día siguiente fresco y reconfortado, los caballos nos fueron traídos, y me alegré de poder ver cara a cara a la que repetidamente había estado en sueños hoy conmigo.

3. PASADO EN LA ESTEPA

Antes de exponer cómo cabalgamos hasta Maroshely, cómo conocí a Brigitta, y cómo desde entonces he estado en su hacienda muy a menudo, es necesario que cuente una parte de su vida anterior, sin la que cuanto sigue no sería comprensible. Cómo pude alcanzar un conocimiento tan profundo de los hechos que aquí se relatan, se derivará de mis relaciones con el comandante y con Brigitta, y al final de esta historia se aclarará de por sí, sin que me sea necesario revelar antes de tiempo lo que yo mismo no supe antes de tiempo, sino por el desarrollo natural de las cosas.

Corresponde al género humano esa cosa admirable que es la belleza. A todos nos atrae la dulzura del fenómeno, y no siempre podemos decir dónde reside el encanto. Está en el universo, está en unos ojos, mas luego no está en rasgos cuya forma sigue todas las reglas de los juiciosos. A menudo no se ve la belleza porque está en el desierto, o porque no ha llegado el ojo adecuado — a menudo es adorada e idolatrada, y no se da: pero no puede faltar en ningún sitio donde late un corazón en fervor y embeleso, o donde dos almas arden juntas; pues de otro modo se detiene el corazón, y el amor de las almas está muerto. En qué suelo brota esta flor, es mil veces distinto en mil casos; mas cuando se da, ya puede quitársele el espacio a su germinación, que brotará en algún otro donde no se había sospechado. Sólo es propio del hombre, y honra así sólo al hombre, que se arrodilla ante ella — y todo lo que en la vida merece la pena y es ensalzado lo vierte únicamente ella en el trémulo y dichoso corazón. Es triste para aquél que no la tiene, o no la conoce, o en el que ningún ojo ajeno puede hallarla. Hasta el corazón de la madre se aparta de su hijo cuando ya no puede descubrirla en él, al menos un vislumbre de ese rayo.

Así había ocurrido con Brigitta niña. Al nacer, no se mostró como el hermoso ángel como el que se le aparece en general el niño a la madre. Después yacía en la bella y suntuosa cuna dorada, en los linos blancos como la nieve, con una carita desagradablemente oscurecida, igual que si le hubiese soplado algún demonio. La madre apartó los ojos, sin darse cuenta ella misma, y los fijó en dos bellos angelitos que jugaban sobre la rica alfombra del suelo. Cuando llegaba gente de fuera, no criticaban a la niña, no la elogiaban, y preguntaban por las hermanas. Así fue haciéndose cada vez más grande. El padre cruzaba con mayor frecuencia por la habitación tras sus negocios, y si la madre a veces abrazaba a las otras hijas, por así decirlo, con fervor desesperado, no veía los negros ojos fijos de Brigitta, que se clavaban en ella como si la diminuta niña comprendiese ya el agravio. Si lloraba, se atendía a su necesidad; si no lloraba, se la dejaba tranquila, todos tenían algo que hacer, y ella dirigía sus grandes ojos al dorado de la cuna, o a las volutas del papel de la pared. Cuando los miembros se hicieron fuertes, y su vivienda ya no consistía en la estrecha cunita, se sentaba en un rincón, jugaba con piedritas, y pronunciaba sonidos que de nadie había oído. Al avanzar en sus juegos y volverse más hábil, a menudo torcía los grandes ojos salvajes, como hacen los muchachos que en su fuero interno juegan ya oscuras hazañas. A las hermanas les pegaba cuando se querían inmiscuir en sus juegos — y cuando la madre ahora, en un arrebato de amor tardío y caridad, cogía a la pequeña criatura en brazos y la regaba de lágrimas, ésta no mostraba alegría en modo alguno, sino que lloraba y se apartaba de las manos que la abrazaban. La madre se volvió con ello cada vez más amorosa y amargada a un tiempo, porque no sabía que las diminutas raíces, cuando antaño buscaron el suelo caliente del amor materno y no lo hallaron, tuvieron que volverse a la roca del propio corazón, y allí porfían.

Así fue haciéndose cada vez más grande el desierto.

Cuando las niñas fueron creciendo y llegaban prendas hermosas a la casa, las de Brigitta siempre estaban bien, las de las hermanas eran retocadas varias veces hasta que les encajaban. Las otras recibían reglas de conducta y alabanzas, ella ni siquiera un reproche, aunque hubiera manchado o arrugado su vestidito. Al empezar a aprender, y estar ocupadas las horas de la mañana, se sentaba abajo y miraba fijamente con lo único hermoso que tenía, con los oscuros y realmente hermosos ojos, a la esquina del lejano libro o del mapa; y si el profesor le hacía una pregunta rápida e inusual, se asustaba y no sabía la

respuesta. Pero en las largas tardes, o en otras ocasiones en las que, sentados en el salón de visitas, no la echaban de menos, se quedaba en el suelo tumbada sobre libros en desorden, o sobre láminas y cartas rotas que las otras ya no necesitaban. Incubaría en su corazón un mundo fantástico y mutilado. Había leído sin que se sospechara, puesto que la llave siempre estaba puesta, casi la mitad de los libros de su padre. Entre ellos había una mayoría que no podía entender. En la casa se encontraban a menudo papeles en que había dibujadas cosas extrañas y salvajes, que debían ser de ella.

Al llegar las muchachas a la edad de doncellas, resultaba una planta extraña entre las otras. Las hermanas se habían vuelto delicadas y hermosas, ella sólo delgada y fuerte. En su cuerpo había casi energía masculina, lo que se demostraba en que, cuando una hermana quería decirle bagatelas o acariciarla, la apartaba impasible con el delgado brazo, o en que, como le gustaba hacer, metía mano en el trabajo de los mozos hasta que las gotas poblaban su frente. Música no aprendió, pero cabalgaba bien y atrevida, como un hombre, se tumbaba a menudo con el vestido más hermoso sobre la hierba del jardín, y echaba algo así como discursos y proclamaciones al follaje de los arbustos. Ocurrió también que el padre empezó a darle exhortaciones sobre su carácter obstinado y taciturno. Entonces, aun cuando precisamente hablaba, cesó de pronto, se volvió aún más taciturna y aún más obstinada. No sirvió de nada que la madre le hiciera señales y, como manifestación de su disgusto, se retorciera las manos en amargo desconcierto. La muchacha no hablaba. Cuando el padre una vez se propasó hasta tal punto que la castigó físicamente a ella, la adulta, por no querer ir de ninguna manera al salón de las visitas, ella se limitó a mirarlo con los encarnizados ojos secos, pero no fue, y ya habría podido hacerle él lo que quisiera.

Si hubiese habido uno tan sólo en tener ojos para el alma escondida, y en ver su belleza, de modo que ella no se despreciase. — Pero no había nadie: los otros no podían, y ella tampoco podía.

Su padre vivía en la capital, como era su costumbre, y se daba a una brillante vida regalada. Cuando hubieron crecido sus muchachas, se extendió por el país la fama de su belleza, muchos acudían por verlas, y las reuniones y veladas en la casa se hicieron aún más numerosas y concurridas de lo que lo habían sido hasta entonces. Más de un corazón latió con vehemencia y aspiró a la posesión de las joyas que albergaba esta casa — pero las joyas hacían caso omiso, o eran demasiado jóvenes para entender tales homenajes. Tanto más se daban a las distracciones que tales veladas conllevaban, y un atavío o la disposición de una fiesta las podía ocupar durante días en la forma más íntima y conmovedora. A Brigitta, que era la menor, no se la consultaba, como si no entendiese del asunto. A veces estaba presente en las reuniones, y entonces llevaba siempre un vestido amplio de seda negra que ella misma había elaborado — o las evitaba, se quedaba mientras tanto sentada en su cuarto, y nadie sabía lo que hacía allí.

Transcurrieron así un par de años.

Hacia el final de los mismos apareció en la capital un hombre que llamó la atención en distintos círculos de la misma. Se llamaba Stephan Murai. Su padre lo había educado en el campo, con el fin de prepararlo para la vida. Cuando su educación estuvo terminada, tuvo que hacer primero viajes, y luego debía conocer la selecta sociedad de su padre. Ésta fue la razón por la que llegó a la capital. Aquí se convirtió pronto en el tema casi único de las conversaciones. Unos alababan su inteligencia, otros su conducta y su modestia, otros finalmente decían que nunca habían visto algo tan bello como este hombre. Muchos sostenían que era un genio, y como tampoco faltaban las calumnias y difamaciones, algunos decían que tenía algo de salvaje y huraño, y que se le notaba que había sido educado en la selva. Opinaban también algunos que poseía orgullo y, de ser necesario, también ciertamente falsedad. Más de un corazón de muchacha sentía como mínimo curiosidad por llegar a verlo un día. El padre de Brigitta conocía muy bien a la familia del recién llegado; en años anteriores, cuando aún hacía excursiones, había estado con frecuencia en sus posesiones, y sólo más tarde, cuando él vivía siempre en la capital y la familia nunca, había perdido el contacto con ella. Como se informara sobre el estado de los bienes, que antaño había sido excelente, y se enterara de que el mismo era ahora significativamente mejor, y mejoraba todavía dado el sencillo estilo de vida de la familia: pensó que, si por lo demás el hombre fuera también de su gusto en cuanto a carácter, podría hacer un novio deseable para alguna de sus hijas. Mas como muchos padres y madres pensaran lo mismo, el padre de Brigitta se apresuró a tomarles la delantera. Invitó al joven a su casa, éste aceptó, y había estado ya bastantes veces en una velada de la misma. Brigitta no lo había visto, puesto que precisamente en aquel tiempo hacía ya bastante que no había acudido al salón de las visitas.

Un día fue a donde su tío, que había organizado una especie de fiesta y la había invitado a ella. Ya en tiempos anteriores había acudido sin disgusto a donde la familia del tío. Aquella noche estaba allí sentada en su habitual vestido de seda negra. A la cabeza llevaba un tocado que ella misma había hecho, y que sus hermanas llamaban feo. Cuando menos no era costumbre en toda la ciudad llevar uno semejante, mas casaba muy bien con su color oscuro.

Estaban presentes muchas personas, y al mirar ella una vez entre un grupo de las mismas, vio dos tiernos ojos negros de muchacho fijados en ella. Al mirar luego una vez más, vio que los ojos estaban de nuevo dirigidos hacia ella. Era Stephan Murai el que la había mirado.

Aproximadamente ocho días después se celebró un baile donde su padre. Murai estaba también invitado, y llegó cuando estaban presentes casi todos y el baile ya había comenzado. Estuvo observando, y cuando la gente hubo formado para el segundo baile, se acercó hasta Brigitta y le pidió con voz humilde un baile. Ella dijo que nunca había aprendido a bailar. Él hizo una reverencia y se mezcló de nuevo entre los espectadores. Más tarde se lo vio bailar. Brigitta se sentó tras una mesa en un sofá y estuvo observando el movimiento. Murai habló con distintas muchachas, bailó y bromeó con ellas. Aquella noche había estado especialmente agradable y servicial. Terminó por fin el entretenimiento, la gente se dispersó en todas las direcciones para buscar su morada. Al llegar Brigitta a su dormitorio, que con muchos ruegos y porfías había arrancado a sus padres, el poder ocuparlo sola, y al desvestirse allí, lanzó al pasar una mirada en el espejo, y vio deslizarse por el mismo la morena frente, y el rizo negro como un cuervo, que se enroscaba en la frente. Fue luego, ya que ni al vestirse ni al desvestirse soportaba a una criada alrededor, hacia su cama, la descubrió ella misma, apartó los linos blancos como nieve de su lecho, que se hacía preparar siempre muy duro, se tendió en él, puso el delgado brazo bajo su cabeza, y contempló con los ojos insomnes el techo de la habitación.

Como a continuación hubo fiestas con frecuencia, y Brigitta asistía a las mismas, Murai reparaba de nuevo en ella, la saludaba respetuosísimo, y cuando ella se marchaba, él le traía el pañuelo, y cuando ella ya se había ido, inmediatamente se oía rodar abajo el carruaje de él, que lo conducía a casa.

Esto se prolongó bastante tiempo.

Un día estaba ella de nuevo donde el tío, y habiendo salido, por el gran calor que reinaba en la sala, al balcón, cuyas puertas permanecían siempre abiertas, y extendida a su alrededor la noche cerrada: percibió en su dirección los pasos de él, y vio también entonces en la oscuridad cómo se situaba a su lado. No habló, más que cosas corrientes, pero si se atendía a su voz, era como si hubiese algo de temeroso en la misma. Elogió la noche, y dijo que se era injusto con ella al reprenderla, porque era tan bella y apacible, y únicamente ella envuelve, suaviza, y sosiega el corazón. Luego guardó silencio, y ella también guardó silencio. Cuando ella hubo regresado al cuarto, entró él también, y estuvo largo tiempo junto a una ventana.

Al llegar Brigitta a casa aquella noche, tras haberse retirado a su cuarto y quitado del cuerpo pieza a pieza el oropel, acudió en camisa de noche ante el espejo, y miró allí largo, largo tiempo. Le subieron lágrimas a los ojos, que no se secaron, sino que dieron lugar a muchas que brotaron y fueron cayendo. Fueron las primeras lágrimas del alma en toda su vida. Lloró cada vez más y con mayor intensidad, era como si tuviese que recuperar toda su vida desaprovechada, y como si hubiese de serle mucho más fácil tras haber agotado en llanto el corazón. Había caído de rodillas, como estaba acostumbrada a hacer, y se sentaba sobre sus propios pies. En el suelo a su lado yacía por casualidad un cuadrito, un cuadrito de niños que representaba cómo un hermano se sacrifica por el otro. Este cuadrito lo apretó contra sus labios, volviéndolo mojado y arrugado.

Cuando las fuentes hubieron cesado por fin, y las velas ardido hasta abajo, aún estaba sentada en el suelo ante la mesa del espejo, igual que un niño agotado en llanto y meditaba. Las manos se cruzaban en el regazo, los lazos y golas de la camisa de noche estaban húmedos, y colgaban sin belleza en torno al casto seno. Fue volviéndose más quieta y más inmóvil. Tomó por fin aliento fresco un par de veces, se pasó la palma de la mano por las pestañas y se fue a la cama. Estando tumbada, y mientras la lámpara de noche, que después de las velas extinguidas había colocado tras una pequeña pantalla, ardía tenebrosamente, dijo aún las palabras: «¡No es posible, no es posible!»

Luego se adormeció.

Al coincidir de nuevo en el futuro con Murai, era como antes: sólo que él la distinguía más aún, pero su conducta era por lo demás recatada, casi medrosa. Prácticamente no hablaba nada con ella. Ella misma no daba un sólo paso, ni el más mínimo, a su encuentro.

Cuando después de algún tiempo se dio de nuevo la oportunidad de hablar con ella a solas, de las que antes ya había pasado más de una sin ser aprovechada, se armó de valor, la abordó y dijo que le parecía que ella le tenía antipatía — y si esto era así, él tenía como único ruego que ella le llegase a conocer, que quizá no era del todo indigno de su atención, que quizá tenía cualidades, o podría adquirirlas, que le ganasen la estima de ella, nada más, que él deseaba en forma más sagrada.

«Antipatía no, Murai», respondió ella, «oh, antipatía no; mas yo también tengo un ruego que hacerle: no lo haga, no lo haga, no me corteje, se arrepentiría usted».

«¿Pero por qué, Brigitta, por qué?»

«Porque yo», respondió ella en voz baja, «no puedo exigir sino el amor supremo. Sé que soy fea, por eso exigiría un amor más alto que la más bella muchacha de esta tierra. No sé cuán alto, pero siento que habría de ser sin fin y sin medida. Ve usted — como esto es imposible, no me corteje usted. Es usted el único que ha preguntado si yo también tengo un corazón, frente a usted no puedo ser insincera».

Tal vez habría dicho más aún, de no haber acudido gente; mas sus labios temblaban de dolor.

Que el corazón de Murai no fue aplacado, sino sólo inflamado más aún por estas palabras, se sobreentiende. Como a un ángel de luz la veneraba, permaneció retraído, sus ojos pasaban de largo, ante las mayores bellezas que lo rodeaban, para buscar los suyos con un suave ruego. Continuó así inalterable. También en ella comenzó a vibrar en su alma empobrecida el oscuro poder y la grandeza del sentimiento. En ambos se notaba abiertamente. Los entornos comenzaron a sospechar lo increíble, y la gente se asombraba sin disimulo. Murai exponía su alma resueltamente ante el rostro de todo el mundo. Un día, en un cuarto solitario, como la música, para cuya escucha se habían reunido todos, sonara desde lejos, como estuviera él ante ella y no dijera nada, como tomara él su mano, atrayéndola suavemente hacia sí, ella no opuso resistencia, y como inclinara él cada vez más su rostro hacia ella, y percibiera ella de pronto los labios de él sobre los suyos, apretó también dulcemente. Nunca antes había sentido un beso, ya que ella misma nunca había sido besada por su madre y sus hermanas — y Murai dijo una vez, después de muchos años, que nunca más volvió a experimentar una dicha tan pura como entonces, cuando sintió por vez primera esos labios vírgenes y solitarios en su boca.

La cortina entre ambos se había roto ahora, y el destino siguió su camino. En pocos días Brigitta era la novia declarada del hombre tan celebrado, los padres de ambas partes habían dado su consentimiento. Se produjo ahora un trato amistoso. Desde el fondo del corazón de la muchacha hasta entonces desconocida brotaba una existencia cálida, al principio poco vistosa e insignificante, luego desarrollándose más rica y más jovial. El instinto, que había atraído al hombre a esta mujer, no le había engañado. Era enérgica y casta, como ninguna otra mujer. Puesto que no había debilitado su corazón con ideas e imágenes de amor antes de tiempo, soplaba en su alma el hálito de una vida incólume. También su trato era delicioso. Puesto que continuamente había estado sola, se había construido también sola un mundo, y él fue introducido en un reino nuevo, extraño, que sólo a ella le pertenecía. Al irse desplegando su carácter ante él, reconoció además de todo el íntimo y ardiente amor de ella, que manaba como una corriente de oro a orillas llenas, llenas, pero también solitarias; pues así como el corazón de las otras personas está dividido entre medio mundo, el de ella había permanecido junto, y como sólo uno lo había conocido, era ahora propiedad de este uno. Vivió así en alegría y buen humor los días del noviazgo.

Pasó el tiempo con alas de color de rosa, y en él iba el destino con las suyas oscuras.

Llegó por fin el día del enlace. Cuando hubo concluido el acto sagrado, en el umbral de la iglesia, Murai tomó en los brazos a su novia silenciosa, la subió luego a su carruaje, y la condujo a su vivienda, que, como los jóvenes habían decidido permanecer en la ciudad, había hecho amueblar, con la riqueza de su padre, que había puesto a su disposición todo lo ahorrado, de la forma más bella y más brillante. El padre de Murai acudió al enlace desde su hacienda, que había elegido como residencia permanente. La madre no pudo, por desgracia, compartir esta alegría; pues había muerto hacía mucho tiempo. Del lado de la novia estaban presentes el padre y la madre, luego las hermanas, el tío y varios parientes cercanos. Murai, como el padre de Brigitta, había querido que el día fuera celebrado públicamente y con gran pompa, y así había trascurrido.

Cuando por fin se hubieron marchado los últimos invitados, Murai condujo a su esposa a través de una serie de habitaciones iluminadas, ya que hasta entonces siempre se había tenido que conformar con una, hasta el cuarto de estar. Allí estuvieron aún sentados, y él dijo las palabras: «Qué bien y qué magníficamente ha salido todo, y qué bellamente se ha cumplido. ¡Brigitta! Te he conocido. Cuando te vi por vez primera, ya sabía que esa mujer no iba a serme indiferente; pero no reconocía aún si habría de quererte infinitamente u odiarte infinitamente. ¡Qué felizmente ha resultado que fuera el amor!»

Brigitta nada dijo, lo retuvo de la mano, y dejó a los ojos brillantes recorrer la habitación en suave calma.

Ordenaron después que fueran recogidos los restos de la fiesta, que la multitud de luces superfluas fueran apagadas, y que las habitaciones festivas se convirtieran en un hogar corriente. Ocurrió así; los criados se retiraron a sus cuartos, y sobre el nuevo hogar y la nueva familia, que lo era de dos, y apenas tenía unas horas, cayó la primera noche.

Desde entonces siguieron viviendo en su hogar. Igual que, al conocerse, sólo se habían encontrado en sociedad, e igual que durante el noviazgo sólo habían aparecido siempre en público, permanecían ahora siempre en casa. No pensaban que algo externo fuera preciso para su felicidad. Aunque la vivienda estaba

provista en general de todo lo que le era necesario, quedaba en particular mucho que mejorar y embellecer. Inferían esto, reflexionaban sobre lo que se podría hacer aquí y allá, se ayudaban mutuamente con consejo y apoyo, de modo que el espacio se ordenaba cada vez más y más puro, y recibía a los que entraban con clara confortabilidad y sencilla belleza.

Al cabo de un año ella le dio un hijo, y este nuevo milagro la retuvo de nuevo y más aún en casa. Brigitta cuidaba a su niño, Murai desempeñaba sus negocios; pues el padre le había traspasado una parte de los bienes, y ésta la administraba desde la ciudad. Esto hacía necesario más de un rodeo, y acumulaba más de una cosa que por lo demás hubiese sido prescindible.

Cuando el chico se hubo desarrollado hasta tal punto, que el cuidado inmediato ya no era tan necesario, cuando Murai hubo ordenado y puesto en marcha uniforme sus negocios, comenzó a llevar a sus esposa a lugares públicos, a sociedades, a paseos, al teatro, con mayor frecuencia de lo que por lo demás estaba acostumbrado a hacer. Con esto ella notó que él la trataba aún con mayor ternura y atención ante la gente que hasta en casa.

Pensó: «Ahora él sabe lo que me falta», y contenía el corazón sofocante.

A la primavera siguiente, él se llevó consigo a ella y a su hijo de viaje, y cuando regresaron hacia el otoño propuso residir más bien de forma estable en el campo, en una de sus fincas; pues en el campo es mucho más hermoso y mucho más ameno que en la ciudad.

Brigitta fue con él a la finca campestre.

Aquí él comenzó a administrar y a hacer reformas, y a emplear cazando el resto del tiempo que le sobraba. Y aquí el destino trajo a su encuentro a una mujer totalmente distinta a lo que siempre había estado acostumbrado a ver. En una de las cacerías solitarias que ahora hacía con frecuencia, en las que caminaba o cabalgaba solo con su carabina por la región, la había descubierto. Haciendo descender un día lentamente a su caballo por un pantanoso pastizal, tuvo de pronto ante sí, a través del espeso matorral, dos ojos asustados y bellos, como los de una exótica gacela, y junto a las verdes hojas ardió la más dulce aurora de las mejillas. Fue sólo un instante; pues antes de que pudiera mirar realmente, el ser, que iba igualmente a caballo, y estaba en el matorral, había vuelto su caballo y volaba sobre la llanura entre las ligeras matas.

Había sido Gabriele, la hija de un anciano conde que vivía en la vecindad, una criatura salvaje que su padre educaba en el campo, donde le dejaba todas las libertades, porque pensaba que sólo así se desplegaría de la forma más conforme a la naturaleza, y no se convertiría en una muñeca, como las que no podía soportar. La belleza de esta Gabriele se había hecho ya muy célebre, sólo hasta los oídos de Murai no había llegado su fama, porque hasta entonces nunca había estado en esta finca suya, y en los últimos tiempos se había hallado en su gran viaje.

Después de varios días se encontraron ambos de nuevo casi en el mismo lugar, y luego más y más a menudo. No preguntaban quiénes eran y de dónde, sino que la muchacha, por así decirlo un abismo de desenvoltura, bromeaba, reía, se burlaba de él, y lo impelía las más de las veces a excesivas y audaces carreras a caballo, en las que, como un enigma celestial, loco y ardiente, volaba al lado de él. Él le seguía la broma, y las más de las veces la dejaba ganar. Pero un día, en el que, jadeando por agotamiento, sólo mediante el repetido intento de atrapar sus riendas pudo indicar ella que deseaba que parase, y tras haber lánguidamente susurrado, al bajar del caballo, que había sido derrotada — entonces, después de que él hubiese reparado el ación de ella, en el que algo se había roto, y la viese del todo encendida apoyada en el tronco de un árbol — la atrajo de pronto hacia sí, la apretó contra su pecho, y antes de poder ver si estaba ella enojada o exultante, saltó a su caballo y partió de allí a toda velocidad. — Había sido un exceso, pero en aquel momento se dio en él un vértigo de indescriptible embeleso, y ante su alma, mientras cabalgaba hacia casa, pendía la imagen de las suaves mejillas, del dulce aliento, y de los ojos relucientes.

Desde aquel día no habían vuelto a buscarse, mas cuando una vez se vieron por casualidad sólo un momento en la sala de un vecino, las mejillas de ambos fueron bañadas de profunda escarlata.

Murai se marchó entonces a una de sus lejanas posesiones, y reformó allí todas las condiciones que encontró.

Mas el corazón de Brigitta estaba deshecho. En su seno había crecido un mundo de vergüenza, de cómo callaba, y cómo vagaba por las habitaciones de la casa como una nube de sombra. Pero finalmente tomó en sus manos por así decirlo el corazón hinchado y vociferante, y lo aplastó.

Al volver él de sus reformas en la lejana hacienda, ella entró en su cuarto y le propuso con suaves palabras el divorcio. Como él se sobresaltara violentamente, como le rogara, como le reconviniera, mas ella dijera siempre las mismas palabras: «Te lo dije, que lo lamentarías, te lo dije, que lo lamentarías», — él se levantó de un salto, la tomó de la mano, y dijo con íntima voz: «¡Mujer, te odio indeciblemente, te odio indeciblemente!»

Ella no dijo una palabra, sino se limitó a mirarle con los ojos secos y encendidos — mas cuando a los tres días él hubo hecho y enviado sus maletas de viaje — cuando hacia la tarde él mismo se fue cabalgando en su ropa de viaje: quedó así, como antaño, cuando les había gritado los poemas de su corazón a los arbustos del jardín, tendida de dolor ahora también sobre la alfombra del suelo de su cuarto, y así corrieron lágrimas ardientes de sus ojos, como si hubieran de quemar su vestido, la alfombra y el entablado del suelo — fueron las últimas que envió en pos del todavía ardientemente amado, luego ninguna más. Él cabalgaba entretanto por la sombría llanura, y mil veces se le pasó por la cabeza reventarse los hirvientes sesos con la pistola de montar. En su cabalgar, puesto que aún era de día, había pasado por delante de Gabriele, ella estaba en el balcón de su castillo, pero él no había levantado la mirada y había seguido cabalgando.

Después de medio año él envió el consentimiento al divorcio, y le cedió también el niño a ella, ya fuera por creer que en sus manos estaría mejor atendido, ya fuera el viejo amor, que no quería arrebatarle todo, a ella que ahora estaría enteramente sola, mientras él tenía el mundo extenso ante sus ojos. En cuanto al patrimonio, lo había dispuesto en la forma más favorable que había sido posible para ella y el niño. Envió asimismo los papeles que contenían este asunto. Ésta fue la primera y última señal de su existencia que dio Murai, después no llegó ninguna más, y él tampoco apareció de nuevo. Las sumas que necesitaba eran consignadas a una casa de Amberes. Esto lo dijo su administrador más tarde, él tampoco sabía más.

En este tiempo habían muerto con poca diferencia el padre de Brigitta, su madre y las dos hermanas. El padre de Murai, que de todos modos era ya muy viejo, murió también poco tiempo después.

Brigitta estaba así, en el sentido estricto de la expresión, enteramente sola con su hijo.

Poseía muy lejos de la capital una casa en un brezal desierto, donde no conocía a nadie. La hacienda se llamaba Maroshely, de donde venía igualmente el nombre de la familia. Tras el divorcio adoptó de nuevo el nombre original de Maroshely, y se retiró a la casa del brezal para ocultarse allí.

Así como antaño, cuando quizá por compasión se le había dado una bella muñeca, volvía a tirar la misma tras un poco de alegría, y llevaba a su camita cosas simples, como piedras, maderitas y similares; así también ahora se llevó consigo a Maroshely el mayor bien que poseía, su hijo, lo cuidaba y protegía, y sus ojos pendían única y exclusivamente sobre la camita del mismo.

Cuando el niño fue haciéndose más grande, y sus pequeños ojos y su corazón se ensancharon, lo hicieron también los de ella; empezó a ver el brezal en torno, y su mente comenzó a labrar el desierto alrededor. Tomó ropas de hombre, montó de nuevo, como antaño en su juventud, a caballo, y se presentó entre su servidumbre. Como el niño podía ya sostenerse a caballo, estaba con ella en todas partes, y el alma activa, productiva, exigente de su madre fluía paulatinamente en él. Este alma se extendía cada vez más en torno a sí, el cielo del producir descendía sobre ella; las verdes colinas se hinchaban, las fuentes manaban, las vides susurraban, y en el pedregal desierto fue compuesta una canción de gesta que avanzaba llena de energía. Y la poesía trajo, como suele hacer, su bendición. Algunos imitaron, se puso en pie la asociación, otros más alejados se entusiasmaron, y aquí y allá sobre el brezal desierto y ciego se fue abriendo, como un ojo bello, un gobierno humanamente libre.

Después de quince años, durante los que Brigitta habitó en Maroshely, llegó el comandante, instalándose en Uwar, donde no había estado nunca antiguamente. De esta mujer aprendió, como me dijo él mismo, actividad y producción — y hacia esta mujer concibió la inclinación profunda y tardía que hemos contado más arriba.

Después de haber sido contada, como se mencionó al principio del capítulo, esta parte de la vida anterior de Brigitta, continuamos con el desarrollo de los acontecimientos donde los dejamos.

4. PRESENTE EN LA ESTEPA

Cabalgamos hasta Maroshely. Brigitta había sido realmente la mujer jinete que me diera los caballos. Recordaba con amistosa sonrisa nuestro antiguo encuentro. Mis mejillas se volvieron rojas, pues pensé en la propina. No había nadie más de visita allí que el comandante y yo. Éste me presentó como a un conocido con el que una vez había pasado mucho tiempo, y del que presumía que estaba a punto de pasar de conocido a amigo. Experimenté la alegría — y para mí realmente no fue insignificante — de que ella supiese casi todas las cosas que se referían a mi convivencia anterior con él, es decir que él le tuvo que haber contado mucho de mí, que se demoraba aún con predilección en aquellos días, y que ella consideraba que merecía la pena recordar este asunto.

Dijo que no quería enseñarme su castillo y sus campos, que ya lo iría viendo yo, cuando fuésemos de paseo, y si venía hasta aquí lo suficientemente a menudo desde Uwar, a lo que educadamente me invitaba.

Al comandante le reprochó que por qué no había venido en tanto tiempo. Se disculpó con los muchos negocios, y sobre todo con que no quería cabalgar sin mí hasta aquí, pero que antes quería ver cuánto o cuán poco congeniaba con su amiga.

Pasamos a una sala grande, en la que descansamos un poco. El comandante sacó una pizarra y le preguntó por varias cosas, que ella respondió con claridad y sencillez, y de las que él se apuntó algunas. También ella hizo entonces distintas preguntas, que se referían a algún vecino, a los negocios del momento, o a la futura asamblea. Pude ver así con qué profunda seriedad trataban de las cosas, y qué atención les dedicaba el comandante a las opiniones de ella. Si estaba insegura en algo, confesaba su ignorancia y pedía al comandante que la rectificara.

Cuando hubimos descansado, y el comandante guardó la pizarra, nos levantamos para dar un paseo por las posesiones. Aquí se habló con frecuencia de las reformas que recientemente se habían realizado en la casa. Si al hacerlo ella mencionaba cosas de la casa de él, me parecía como si hubiese una especie de ternura en el modo en que se preocupaba por las mismas. Le mostró la nueva columnata de madera en la planta ajardinada de la casa, y preguntó si debía implantar vides; en las ventanas del patio de él, dijo, donde tan agradable era sentarse al sol del final del otoño, podía hacerse una cosa así. Nos condujo al parque, que diez años antes era un yermo robledal; ahora lo cruzaban caminos, manaban fuentes valladas, y deambulaban corzos. Con perseverancia indecible, había hecho erigir un alto muro contra los lobos en torno al enorme perímetro del mismo. El dinero para ello lo sacaba lentamente de su ganadería, y de los campos de maíz, cuyo cultivo había elevado mucho. Cuando el cercado estuvo listo, se recorrió en una caza cerrada cada lugar del parque paso a paso, para ver si no se había encerrado dentro de los muros a algún lobo capaz de futura cría. Pero no había ni uno presente. Sólo entonces se metieron corzos dentro del cercado, y se tomaron otras precauciones. Los corzos, según parecía, lo sabían todo y se lo agradecían; pues, cuando vimos alguno en nuestro paseo, no era medroso y miraba hacia nosotros con los ojos oscuros y brillantes. Brigitta guiaba con mucho gusto a sus invitados y amigos por el parque, pues lo amaba. Llegamos también arriba a la zona de los faisanes. Mientras íbamos así por los caminos, y blancas nubes nos miraban a través de las copas de los robles, tuve la oportunidad de observar a Brigitta. Sus ojos, me pareció, eran aún más negros y brillantes que los de los corzos, y puede que hoy resplandecieran con especial claridad poque a su lado iba el hombre que sabía valorar su actividad y producción. Sus dientes eran blancos como la nieve, y su figura, ágil aún para sus años, revelaba una fuerza inquebrantable. Como esperaba al comandante, llevaba ropas de mujer y había puesto a un lado sus negocios, pues dedicaba el día para nosotros.

Entre conversaciones de la más distinta especie, sobre el futuro del país, sobre el fomento y la mejora del hombre común, sobre el cultivo y el uso del suelo, sobre la ordenación y el acotamiento de la corriente del Danubio, sobre personajes distinguidos entre los amigos de la patria, recorrimos la mayor parte del

parque, dado que ella, como dije más arriba, no quería enseñarnos sus posesiones, sino sólo acompañarnos. Cuando regresamos a la casa era la hora de comer. A la comida acudió también Gustav, el hijo de Brigitta, con mejillas bastante tostadas por el sol, un muchacho encantador y esbelto, una flor de salud. Hoy había visitado los campos en lugar de la madre, y repartido los trabajos, y le informó ahora con pocas palabras. A la mesa se sentaba abajo, escuchando y humilde; en sus hermosos ojos había entusiasmo por el futuro e infinita bondad para el presente. Puesto que, como donde el comandante, también la servidumbre se sentaba a la mesa, observé a mi amigo Milosch, que me saludó en señal de nuestro antiguo conocimiento.

La mayor parte de la tarde discurrió con la inspección de varias reformas que el comandante no conocía, con una vuelta por el jardín, y con un paseo a través del viñedo.

Hacia el final de la tarde nos despedimos. Cuando recogíamos nuestras ropas, Brigitta le reprochó al comandante que últimamente hubiese cabalgado de vuelta a casa, en el aire de la noche de Gömör, con ropas ligeras — ¡si es que acaso no sabía lo insidioso que era el aire del rocío de esta llanura, para exponerse así! Él no se defendió, y dijo que tendría más cuidado en el futuro. Pero yo sabía muy bien que aquella vez había obligado a aceptar su bunda a Gustav, que había venido sin ninguna, y al que había engañado diciendo que él tenía otra en la cuadra. Esta vez, en cambio, nos separamos bien provistos y suficientemente atendidos. Brigitta misma se preocupó de todo, y sólo regresó a la casa cuando estábamos ya a caballo en nuestros tupidos gabanes y la luna salía. Le había dado al comandante un par de encargos, y a continuación se licenció con sencilla y noble amabilidad.

Las conversaciones de las dos personas habían sido durante todo el día tranquilas y joviales, pero me parecía como si vibrase en ellas una intimidad secreta, a la que ambos se avergonzaban de dar cabida, probablemente porque se consideraban demasiado viejos. Pero al volver me dijo el comandante, cuando yo no pude resistirme a algunas alabanzas verdaderas y sinceras sobre esta mujer: «¡Amigo! A menudo he sido deseado ardientemente en mi vida, no sé si también amado así; pero la compañía y la estima de esta mujer se han vuelto para mí una dicha mayor en este mundo, que cualquier otra en mi vida que haya considerado tal».

Había dicho estas palabras sin ninguna pasión, pero con tal calma en la certeza, que en mi corazón estaba plenamente convencido de la verdad de las mismas. Casi me ocurrió en este momento lo que de ordinario no es mi estilo, que envidié al comandante por esta amistad y por su actividad casera; pues entonces yo no tenía realmente nada firme en todo el mundo, para atenerme a ello, como no fuera mi bastón de caminante, que puse en movimiento para ver este y aquel país, pero que no quería durar realmente.

Cuando llegamos a casa, el comandante me ofreció que pasara con él el verano y el invierno. Había empezado a tratarme con mayor familiaridad, y a dejarme ver más hondo en su vida y su corazón, de modo que concebí un gran amor e inclinación por el hombre. Acepté por tanto. Y como hubiese hecho esto, dijo él, quería también encomendarme de inmediato un ramo de negocios de su casa, del que debía ocuparme continuamente — no lo iba a lamentar, me dijo, y con certeza me sería de utilidad en el futuro. Consentí asimismo, y en efecto, me fue de utilidad. El que yo tenga ahora una casa, el que tenga una querida esposa para la que realizo mi actividad, el que atraiga ahora bien sobre bien, hecho sobre hecho en nuestro círculo, debo agradecérselo al comandante. Cuando yo fui una parte de aquella actividad armónica que él desplegaba, quería hacer las cosas tan bien como pudiese, y como iba cogiendo práctica, las hacía cada vez mejor, era útil y me estimaba a mí mismo — y como conocí la dulzura del producir, reconocí también cuánto más valioso es lo que pone un bien presente al vagar anterior, que yo llamaba acumular experiencias, y me acostumbré a la acción.

Así pasaba el tiempo poco a poco, y yo estaba infinitamente a gusto en Uwar y su entorno.

En estas circunstancias vine más a menudo a Maroshely. Se me estimaba, y era casi como un miembro de las familias, y llegué a conocer cada vez mejor la situación. De una pasión desmedida, de un deseo febril, o hasta de magnetismo, como había oído, no había rastro alguno. Por el contrario, la relación entre el comandante y Brigitta era de un género muy curioso, hasta el punto de que jamás he visto una semejante. Era sin discusión lo que entre personas de distinto sexo llamaríamos amor, pero no aparecía como tal. Con una ternura, con una admiración que recordaba como al afecto por un ser superior, trataba el comandante a la mujer entrada en años; ella estaba visiblemente llena de una íntima dicha al respecto, y esta dicha, como una flor tardía, florecía en su semblante, y ponía sobre éste un hálito de belleza como apenas podría creerse, pero también la firme rosa de la alegría y la salud. Ella devolvía al amigo la misma estima y admiración, sólo que a veces se mezclaba un rasgo de preocupación por su salud, por sus pequeñas necesidades vitales y similares, que era propio de la mujer y del amor. Más allá no pasaba la conducta de ambos ni en un ápice — y así vivían uno junto al otro.

El comandante me contó una vez cómo, en una hora en la que, como raramente ocurre entre personas, hablaban más íntimamente sobre sí, habían establecido que entre ellos debía reinar una amistad del género más bello, sinceridad, el mismo empeño y comunicación entre los dos, pero nada más; ante este altar moralmente firme querían detenerse, quizá felices hasta el final de la vida — no querían hacer más preguntas al destino, para que no tuviese espinas y no fuese insidioso de nuevo. Esto era así desde hace varios años ya, y permanecería así.

Eso me había dicho el comandante — sólo que algún tiempo después, el destino al que no se había preguntado dio por sí mismo una respuesta, que resolvió todo rápidamente y en forma inesperada.

Era ya muy avanzado el otoño, podría decirse que al comienzo del invierno, una niebla espesa cubría un día el brezal ya firmemente helado, y yo cabalgaba justamente con el comandante por aquel camino recién construido con la nueva alameda, nos proponíamos quizá cazar un poco, cuando de pronto oímos dos disparos sordos a través de la niebla.

«Esas son mis pistolas, no hay duda», gritó el comandante.

Antes de que yo pudiera comprender y preguntar algo, él galopaba ya a lo largo de la alameda, tan tremendamente como nunca he visto correr a un caballo, yo le seguí, pues barruntaba una desgracia, y al llegar de nuevo a él me encontré con un espectáculo tan horrible y tan grandioso, que aún hoy se estremece y jubila mi alma: en el lugar en que se alza el patíbulo, y el arroyo de juncos irisa, el comandante había encontrado al muchacho Gustav, quien se defendía fatigosamente contra una manada de lobos. Había abatido dos a tiros, de otro, que saltaba ante su caballo, se defendía con su hierro, los demás los conjuraba de momento con la furia de sus ojos relucientes de temor y fiereza, que clavaba en ellos; mas perseverantes y ansiosos le rodeaban, de modo que un giro, un movimiento de los ojos, una nada podía ser motivo para caer sobre él todos a una — entonces, en el momento de mayor necesidad, apareció el comandante. Cuando llegué, él estaba ya como un fatal milagro, como un meteoro, en medio de ellos — el hombre tenía un aspecto casi terrible, sin consideración hacia sí, casi como un depredador él mismo se arrojó contra ellos. Cómo había llegado ante el caballo, no lo vi, pues llegué después; había oído la detonación de su pistola doble, y cuando aparecí en el escenario, su cuchillo de monte brillaba frente a los lobos, y él estaba a pie. Tres — cuatro segundos pudo haber durado, apenas tuve tiempo para descargar mi arma de caza entre ellos, y las siniestras fieras se dispersaron en la niebla como si hubiesen sido absorbidas por ella.

«Cargad», gritó el comandante, «en seguida estarán aquí de nuevo».

Había recogido las pistolas arrojadas e introdujo los cartuchos. Nosotros también cargamos, y en el momento en que estuvimos algo silenciosos, percibimos el siniestro trote en torno al roble del patíbulo. Estaba claro, las hambrientas y atemorizadas fieras nos rodeaban hasta que creciese en ellas de nuevo el valor para atacar. En realidad estas fieras, cuando no están espoleadas por el hambre, son cobardes. No estábamos armados para la caza del lobo, la funesta niebla se extendía espesa ante nuestros ojos, por lo que tomamos el camino hacia el castillo. Los caballos partieron de allí con un temor mortal, y mientras cabalgábamos así, lo vi más de una vez como una sombra galopante al lado, gris en la niebla gris. Con indecible paciencia corría el rebaño a nuestro lado. Teníamos que estar continuamente alerta. El comandante disparó una vez a la izquierda, pero no reconocimos nada, para hablar no había tiempo, y así alcanzamos la verja del parque, y cuando irrumpimos adentro, salieron los nobles, bellos dogos perseverando detrás de nosotros, y en ese mismo momento sonó ya también desde la niebla su bramido furioso, vagando tras los lobos en dirección al brezal.

«Montad todos», gritó el comandante a los mozos que corrían hacia nosotros, «soltad todos los perros lobos, para que no les pase nada a mis pobres dogos. Convocad a los vecinos, y cazad tantos días como queráis. Daré por cada lobo muerto el doble de recompensa, exceptuando los que yacen junto al roble del patíbulo; pues ésos los hemos matado nosotros mismos. Junto al roble yace quizá también una de las pistolas que le regalé el año pasado a Gustav, pues veo sólo una en sus manos, y la funda de la otra está vacía; mirad si es así».

«Desde hace cinco años», dijo volviéndose hacia mí, cuando cabalgábamos ya en el parque, «ningún lobo se ha aventurado hasta tan cerca de nosotros, y hasta ahora era totalmente seguro aquí. Debe haber un invierno duro, y debe haber comenzado ya en los países del norte, para que bajen tan lejos».

Los mozos habían recibido la orden del señor, y en menos tiempo del que me pareció creíble se había armado una partida de cazadores, y junto a ellos estaba la raza de aquellos hermosos perros peludos que es propia de los brezales húngaros y para ellos tan imprescindible. Se discutió cómo reunir a los vecinos, y luego partieron, para iniciar una cacería de la que regresarían sólo en ocho, catorce o aún más días.

Nosotros tres, sin bajar de los caballos, habíamos asistido a la mayor parte de estos preparativos. Mas cuando nos volvimos desde los edificios de explotación hacia el castillo, vimos que Gustav estaba herido. Y

es que cuando estuvimos bajo el arco del portón, desde donde queríamos llegar a nuestras habitaciones, le acometió un malestar, y amenazaba con caerse del caballo. Uno de la servidumbre lo cogió y lo descendió, vimos entonces que los lomos del animal estaban teñidos de sangre. Lo llevamos a una habitación del piso bajo que daba al jardín, el comandante ordenó de inmediato hacer fuego en la chimenea y preparar la cama. Como entretanto había sido desnudada la parte dolorida, examinó él mismo la herida. Era un ligero mordisco en el muslo, sin peligro, sólo la pérdida de sangre y la excitación precedente hacían que el chico luchase ahora con los desvanecimientos. Fue llevado a la cama, e inmediatamente se despachó un mensajero al médico y uno a Brigitta. El comandante se quedó junto a la cama y cuidó de que ninguno de los desvanecimientos se impusiera. Cuando llegó el médico, dio un reconstituyente, declaró el asunto carente de todo peligro, y dijo que la propia pérdida de sangre había sido un remedio, ya que reduce la infección que normalmente suele seguir a tales mordeduras. Que el único mal era la violencia de la emoción, y que un par de días de descanso eliminarían del todo la fiebre y la lasitud. Nos tranquilizamos y alegramos, y el médico se marchó entre la gratitud de todos; pues no había uno solo que no amase al muchacho. Hacia la tarde apareció Brigitta, y en su estilo decidido no descansó hasta que no hubo inspeccionado ella misma el cuerpo de su hijo miembro a miembro y se hubo convencido de que, al margen de la mordedura, no había nada que pudiese amenazar con mal alguno. Terminada la inspección, se quedó sentada junto a la cama, y administró el medicamento según prescribiera el médico. Para la noche hubo de hacérsele una cama improvisada a toda prisa en el cuarto del enfermo. A la mañana siguiente estaba sentada de nuevo junto al chico, y escuchaba su respiración, ya que dormía, y dormía tan dulce y reparadoramente, como si no quisiera despertarse nunca más. — Ocurrió entonces una escena estremecedora. Aún veo el día ante mis ojos. Yo había bajado para interesarme por el estado de Gustav, y entré en el cuarto que se hallaba junto a la habitación del enfermo. He dicho ya que las ventanas daban al jardín: las nieblas se habían levantado, y un sol rojo de invierno miraba a través de las ramas deshojadas en el cuarto. El comandante estaba ya presente, de pie junto a la ventana, el rostro vuelto contra el cristal, como si observase el exterior. En la habitación del enfermo, a través de cuya puerta yo miraba, y cuyas ventanas estaban algo oscurecidas por cortinas muy ligeras, se sentaba Brigitta y observaba a su hijo. De pronto se escapó de sus labios un suspiro gozoso, observé mejor, y vi que sus ojos pendían dulcemente del semblante del muchacho, que tenía abiertos los suyos; pues después de un largo sueño había despertado y miraba jovialmente a su alrededor. Mas también en la parte en que estaba el comandante había percibido un ligero ruido, y al mirar hacia allí vi que se había vuelto a medias, y que de sus pestañas pendían dos sólidas gotas. Fui hacia él, y le pregunté qué le ocurría. Respondió quedamente: «No tengo hijo».

Brigitta debió percibir estas palabras con su fino oído; pues en ese instante apareció bajo la puerta de la habitación, observó muy recatadamente a mi amigo, y con una mirada que no puedo describir, y que por así decir no se atrevía, en el temor más vacilante, a pronunciar un ruego, no dijo sino una única palabra: «Stephan».

El comandante se volvió del todo — ambos se miraron un segundo — sólo un segundo — mas avanzando entonces él cayó en los brazos de ella, que lo abrazaron con vehemencia desmedida. No oí sino el profundo y quedo sollozar del hombre, a lo que la mujer lo estrechaba cada vez más firme, y lo apretaba cada vez más firme contra sí.

«No más separación, Brigitta, aquí y para la eternidad».

«No más, mi querido amigo».

Yo estaba de lo más apurado y quise salir en silencio; mas ella alzó su cabeza y dijo: «Quédese, quédese».

La mujer, que yo siempre había visto seria y rigurosa, había llorado en brazos de él. Ahora alzó, brillando aún, los ojos — y tan grandioso es lo más bello de que es capaz aquí abajo el pobre y falible ser humano, el perdón — que sus rasgos me irradiaron con belleza inimitable y mi ánimo fue inundado por la más honda emoción.

«Pobre, pobre esposa», dijo él acongojado, «quince años hube de estar sin ti, y quince años estuviste sacrificada».

Ella en cambio juntó las manos y dijo suplicante, mirando en su semblante: «He faltado, perdóname, Stephan, el pecado del orgullo — no sospechaba lo bueno que eres — era simplemente natural, es una suave ley de la belleza la que nos arrastra».

Él le cerró la boca y dijo: «Cómo puedes hablar así, Brigitta — sí, nos arrastra la ley de la belleza, pero tuve que recorrer el mundo entero hasta aprender que reside en el corazón, y que la había dejado en mi tierra en un corazón que sólo quería mi bien, que es firme y fiel, que creí perdido, y que sin embargo recorrió conmigo todos estos años y países. — ¡Oh Brigitta, madre de mi hijo! Tú estabas día y noche ante

mis ojos».

«No me habías perdido», respondió ella, «¡he pasado años tristes, pesarosos! — ¡Cómo te has vuelto bueno, ahora te conozco, cómo te has vuelto bueno, Stephan!»

Y de nuevo se arrojaron en los brazos, como si no pudieran saciarse, como si no pudieran creer en la dicha alcanzada. Eran como dos personas a las que se ha quitado un gran peso. El mundo estaba abierto de nuevo. Había en ellos una alegría como la que sólo se halla en niños — en ese instante también eran inocentes, como los niños; pues la flor más purificadora, la más hermosa flor del amor, pero sólo del amor supremo, es el perdón, por eso se halla siempre en Dios y entre las madres. Los bellos corazones lo hacen a menudo — los malos nunca.

Los dos esposos me olvidaron de nuevo y volvieron al cuarto del enfermo, donde Gustav, que barruntaba oscuramente todo, yacía como una rosa ardiente y floreciente, y les miraba fijamente sin aliento.

«Gustav, Gustav, es tu padre, y tú no lo sabías», gritó Brigitta cuando cruzaron el umbral del cuarto oscurecido.

Yo salí en cambio al jardín, y pensé: «Oh qué sagrado, qué sagrado ha de ser el amor entre esposos, y qué pobre eres tú, que hasta ahora no reconocías nada de él, y como mucho te dejabas conmover el corazón por las turbias llamas de la pasión».

Sólo muy tarde regresé al castillo, y hallé todo resuelto y aireado. Diligente alegría, como un jovial rayo de sol, soplaba por todos los cuartos. Me recibieron con los brazos abiertos como al testigo de la escena más hermosa. Me habían hecho ya buscar por todos lados, dado que, cuando estaban demasiado ocupados consigo mismos, me habían perdido de vista. Me contaron, en parte de inmediato con frases entrecortadas, en parte los días siguientes con continuidad, todo cuanto había sucedido, y cuanto he anotado más arriba.

Mi amigo había sido así Stephan Murai. Viajaba bajo el nombre de Bathori, que pertenecía a una de sus antepasadas. Así lo había conocido yo, mas se hacía llamar siempre comandante, grado que había alcanzado en España, y todo el mundo le llamaba también el comandante. Tras haber estado en el mundo entero, fue, arrastrado por su interior, bajo el mismo nombre a su posesión de Uwar, donde nunca había estado, donde nadie lo conocía, y donde, como muy bien sabía, se convertiría en el vecino de su mujer separada. Sin embargo no fue hasta donde ella, que gobernaba ya tan bellamente en Maroshely, hasta que la fama le trajo la noticia de su enfermedad mortal. Ese día se puso en camino, cabalgó hasta allí, llegó hasta ella, que no lo reconoció por la fiebre, se quedó junto a su cama día y noche, la veló, y la cuidó hasta que sanó. Conmovidos entonces por haberse visto, e impulsados por un quedo amor, mas temerosos con todo ante el futuro, porque no se conocían, y porque podía suceder de nuevo algo terrible, cerraron ese extraño pacto de mera amistad al que se atuvieron durante años, y que hasta ahora ninguno se había atrevido a tocar primero, hasta que el destino lo separó con un corte afilado que hizo en ambos corazones, y lo reunió de nuevo en la alianza más bella y más natural.

Ahora todo estaba bien.

Quince días después se anunció en la región, y los felicitantes importunos acudieron de cerca y de lejos.

Yo en cambio me quedé el invierno entero con la gente, en Maroshely, donde por el momento residían todos, y de donde el comandante no tenía intención de hacer marchar nunca a Brigitta, porque allí estaba en el centro de su creación. El más dichoso casi era Gustav, que siempre había estado tan apegado al comandante, que siempre le llamaba apasionada y exclusivamente el hombre más extraordinario de este mundo, y que ahora podía admirarlo como padre, a él, al que sus ojos se apegaban como a una deidad.

Aquel invierno conocí dos corazones que tan sólo ahora se abrían de verdad a una completa, aunque tardía flor de la felicidad.

¡Nunca, nunca olvidaré estos corazones!

En primavera tomé de nuevo mi ropa alemana, mi bastón alemán, y viajé a pie hacia la patria alemana. A la vuelta vi la tumba de Gabriele, que había muerto hacía ya doce años en la cumbre de su belleza juvenil. Sobre el mármol se alzaban dos grandes lirios blancos.

Con ideas turbias y suaves seguí mi camino, hasta que estuvo cruzado el Leitha, y las amenas montañas azules de la patria atardecieron ante mis ojos.

Adalbert Stifter (Oberplan, 1805 - Linz, 1868) es uno de los escritores en alemán más importantes de todos los tiempos. Estudiante frustrado, profesor particular, y en sus últimos años consejero escolar e inspector educativo de la Alta Austria para el gobierno imperial, quiso ser pintor antes de decantarse por la literatura. Su primer relato, «El cóndor», apareció en 1840; entre 1844 y 1850 publicó seis volúmenes de «Estudios», colección de relatos en que las descripciones de la naturaleza ocupan un lugar esencial: la versión definitiva de *Brigitta* está incluida en la edición de 1847. Otras obras a destacar de Stifter son *Las piedras de colores* (1853), *Veranillo de San Martín* (1857) y *Witiko*
(1864-1867).